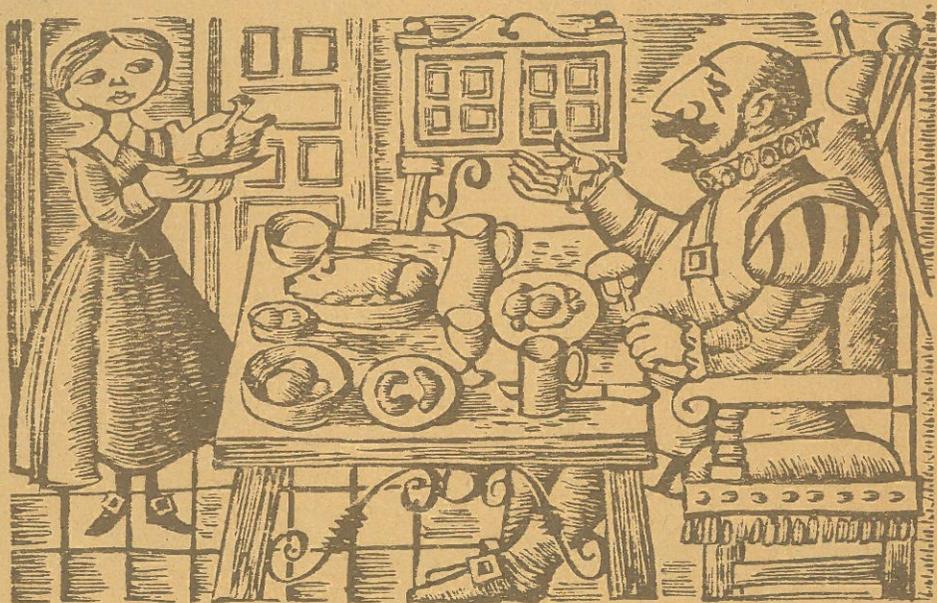
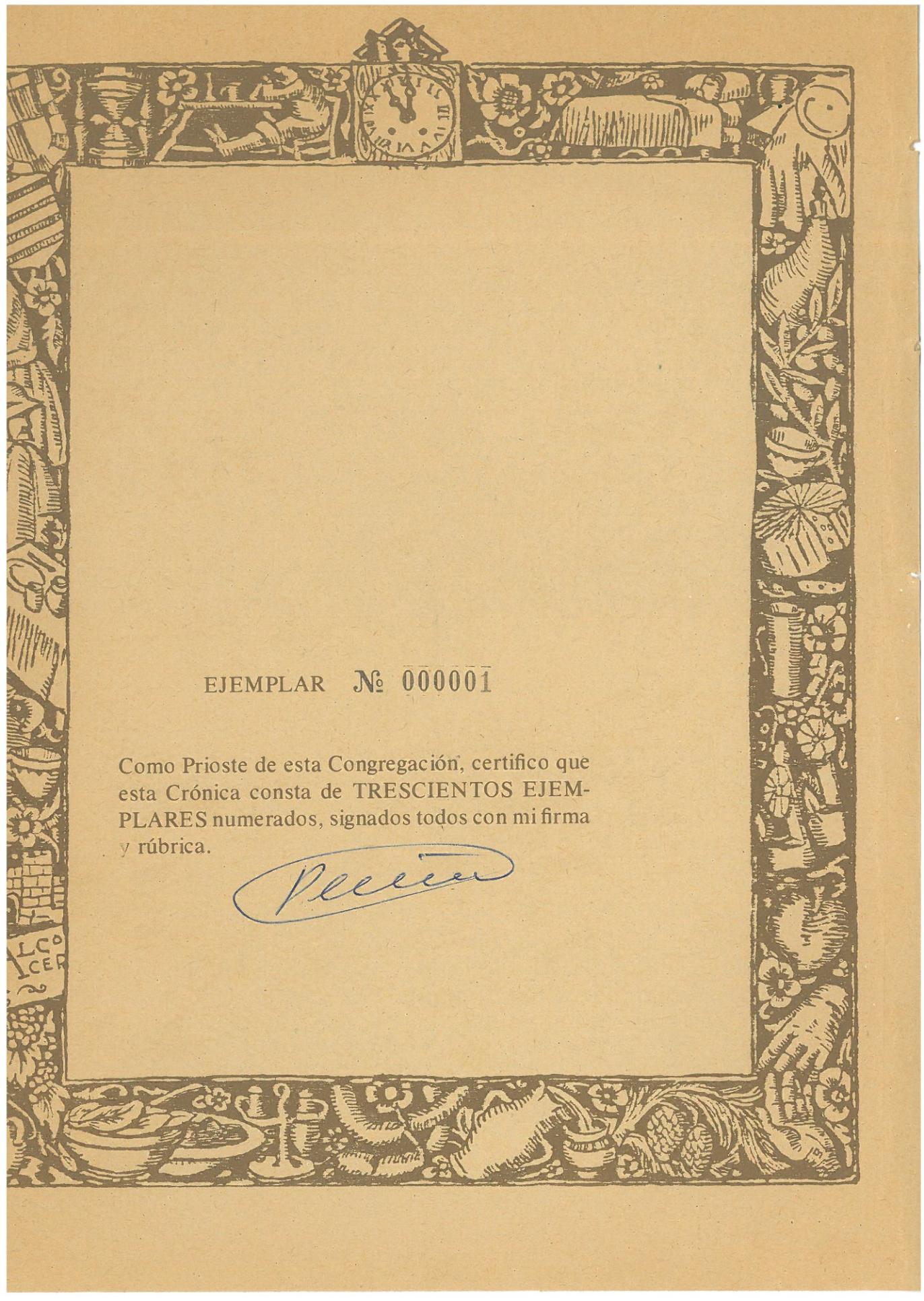


CRONICA
DE LA
"CENA JOCOSA" DE 1978



AMIGOS DE SAN ANTON

JAEN



EJEMPLAR N^o 000001

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

Pereira

LCO
CER



Esta es una Crónica, bien y fielmente sacada, de la memorable *CENA JOCOSA*, que en la noche del veinticinco de Noviembre de hogaño (Anno a Nativitate Domini MCMLXXVIII), festividad de Santa Catalina de Alejandría, Virgen y Mártir, Patrona de la Ciudad, dio la ilustre y devota Confraternidad de «*Los Amigos de San Antón*», para honrar a ciertos hidalgos, en los Reales Alcázares de esta Nobilísima ciudad de Jaén.



LICENCIA

Sepan todos, quantos la presente licencia vieren y leyeren, como NOS, el Capitulo y Gobierno de la muy devota Congregación de «LOS AMIGOS DE SAN ANTÓN», establecida en esta Muy Noble, Famosa e Muy Leal Ciudad de Jaén, por la presente mandamos a DON MANUEL LÓPEZ PÉREZ, natural y vecino al presente de la antedicha ciudad, se sirva escribir en buen castellano viejo, la Crónica de la «CENA JOCOSA», que esta Congregación ofreció en la noche del día de Santa Catalina, XXV de Noviembre de MCMLXXVIII.

Y por estas nuestras letras, le damos licencia y facultad para que escriba la dicha Crónica a su leal saber y entender, rogando a quantos congregantes asistieron a la CENA, se sirvan prestarle el auxilio que demandare como escribano.

Otro sí. Encarescemos al dicho DON MANUEL, se sirva hacer la tal Crónica, con fiel y escrupuloso ajuste a la verdad de quanto en la CENA se dijo y se hizo, por ser conveniente y loable, que las generaciones venideras tengan puntual noticia de tan memorable hecho.

Y para que ello conste, firmo la presente LICENCIA, en Jaén a veinticinco de Noviembre de mil y novecientos setenta y ocho años:





«...Que amistad! Que dulzura!
¡Que maso gusto y olor!»

Escudo de Simón de Vargas, suena antes de este programa

DON

Baltasar del Alcázar

pagó la suma de ciento y cuarenta reales vellón por asistir con Señor Don Lope de Sosa, en Juán donde reside, esta noche festividad de Santa Catalina, Patrona de la Ciudad y en el Palacio del Condestable de Castilla, a "Otra Cena Jocosa"

L. Perellón

25 - Noviembre MCMXXVIII.

En la "Cena" "Toda comensal tendrá nanaja y tiene derecho al cubierto, a la botellina del churrito, a dos platos y al vino del omo"

La portada se ha compuesto a base de un dibujo alusivo a la «Cena Jocos», salido de la pluma de ese gran ilustrador que es Perellón. La orla de portada, al igual que el resto de las orlas, están sacadas de las invitaciones usadas en la «Cena» del año 1928, obra del dibujante com-provinciano Santiago de Morales «Eseme».



OTRA CENA JOCOSA

MINUTA

Salpicón - Morcilla condimentos Ensaladilla
Aceituno - Morcilla - Queso

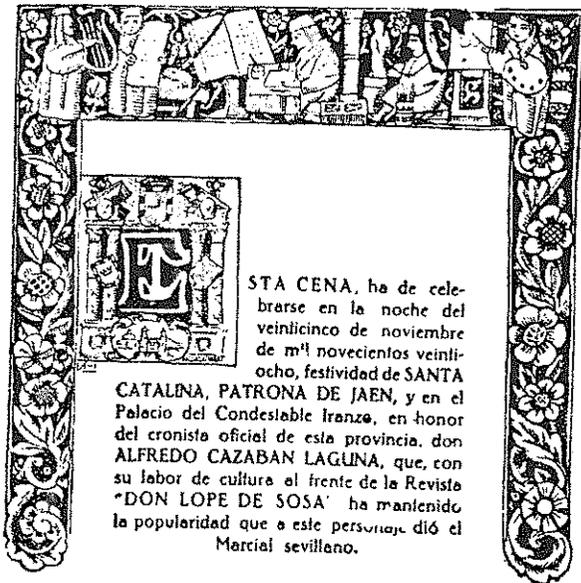
VINOS: Halaque y Trasañejo de la de Alcocer.

~

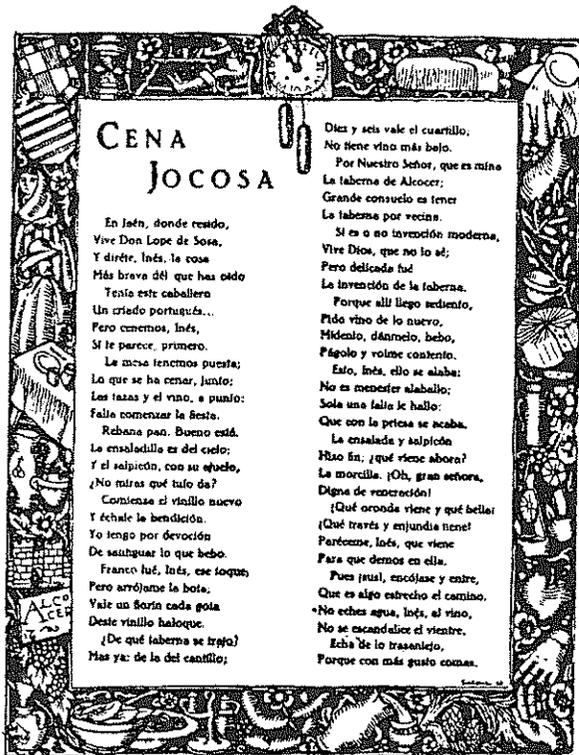
ENTREMESAS: Pollos con tomate - Jamón de Valdepeñas de Jota crudo y a la plancha - Pimientos y pepinillos en vinagre

POSTRES: Socorruco con odios y magdalenas - Frutas del Guisadalbuñol - Yemas de Santo Ursula.

LICORES: Aguardiente - Rosoli - Tabacos y rapé de la Habapa.



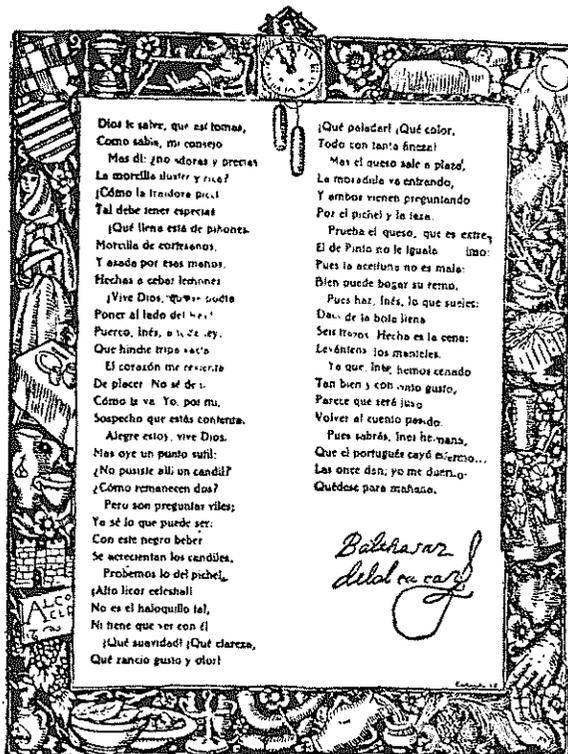
ESTA CENA, ha de celebrarse en la noche del veinticinco de noviembre de mil novecientos veintiocho, festividad de SANTA CATALINA, PATRONA DE JAEN, y en el Palacio del Condestable Iruña, en honor del cronista oficial de esta provincia, don ALFREDO CAZABAN LAGUNA, que, con su labor de cultura al frente de la Revista "DON LOPE DE SOSA" ha mantenido la popularidad que a este personaje dió el Marcial sevillano.

CENA JOCOSA

En Jaén, donde resido,
Vive Don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Más brava del que has oído
Tenía este caballero
Un criado portugués...
Pero cenamos, Inés,
Si le parece, primero.
La mesa tenemos puesta;
Lo que se ha cenar, justo;
Las tazas y el vino, a punto;
Falta comenzar la fiesta.
Rebana pan. Bueno está,
La emoladilla es del cielo;
Y el salpicón, con su queso,
¿No miras qué tajo da?
Comienza el vitillio nuevo
Y échale la bendición.
Yo tengo por devoción
De sanguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, ese toquén,
Pero arrojáse la bota.
Vale un sorin cada gota
Desde vitillio halaque.
¿De qué laberna se trajo?
Mas ya: de la del cantillo;

Dices y seis vale el cuartillo,
No tiene vino más bello.
Por Nuestro Señor, que es mío
La laberna de Alcocer;
Grande consuelo es tener
La laberna por vecinos.
Si es o no invención moderna,
Vive Dios, que no lo sé;
Pero delicada fué
La invención de la laberna.
Porque allí luego sentíamo,
Pido vino de lo nuevo,
Mídamlo, dármele, bebo,
Fágolo y volme contento.
Esto, Inés, ello se alaba:
No es menester alabarlo;
Sola una falla le hallo:
Que con la preta se acaba.
La ensalada y salpicón
Miso én; ¿qué viene ahora?
La morcilla. ¡Oh, gran señora,
Digna de veneración!
¿Qué orroda viene y qué bella!
¿Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.
Pues ¡jaja!, escócese y enire,
Que es algo estrecho el camino.
•No eches agua, Inés, al vino,
No se escandalice el vientre.
Écha yé lo trasañejo,
Porque con más gusto comas.



Dios te salve, que así tomas,
Como sabe, mi consejo
Mas di: ¿no odoras y orecias?
La morcilla dulce y fría?
¿Cómo la traedora picó?
Tal debe tener especial
¡Que firma está de pichones.
Morcilla de cortisanos,
Y asada por esas manos.
Hechas a cebar leñones
¡Vive Dios, ¿cómo puede
Poner al lado del ve...
Puerco, Inés, a la vez.
Que hunde trips sacro
El corazón me reventó
De placer. No sé de...
Cómo la va. Yo, por mi.
Sospecho que estás contenta.
Alegre estos, vive Dios.
Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo remanecen dos?
Pero son preguntas viles;
Yo sé lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.
Prodemos lo del pichel,
¡Alto licor celebrá!
No es el haloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.
¿Qué suendid! ¿Que clarca,
Que rancio gusto y olor!

¿Qué poladere! ¿Qué color,
Todo con tanta finca!
Mas el queso sale a plazo,
Le mosadula va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la tiza.
Prueba el queso, que es estre,
El de Pinto no le iguala uno:
Pues la aceituna no es mala:
Bien puede bogar su remo.
Pues har, Inés, lo que sucies:
Da... de la bola buena
Sen traxos. Hecha es la cena:
Levántenos los mantiles.
Yo que, Inés, hemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó muerto...
Las once dan, yo me darn-o-
Quédese para mañana.

Balsaraz
delo en caril

Fotocopia de la Minuta de la Cena Jocosa de 1928.

DE LA RAZON DE ESTA CENA

Has de saber, lector amigo, que en esta Muy Noble, Famosa y Muy Leal Ciudad de Jaén, Guarda y Defendimiento de los Reinos de Castilla, existe, de diecisiete años a esta parte, una muy famosa y devota Congregación y Confraternidad, denominada «AMIGOS DE SAN ANTÓN».

Tiene como fin principalísimo esta insigne Congregación, el tributar devoto culto, a cuanto la ciudad de Jaén encierra de Historia, Arte y Tradición y el defender y exaltar, cuantas añejas tradiciones nos legaron nuestros abuelos.

Forman esta ilustre Congregación, cuyos hermanos se eligen tras escrupulosas pruebas de amor a lo giennense, un grupo de cristianos viejos, a saber, don Pedro Casañas Llagostera, don Juan Castellanos de Dios, don Manuel Elías Carrasco, don Antonio Casañas Llagostera, don Luis Armenteros Basterrechea, don Alfonso Parras Vilchez, don Julio Puga Romero, don José Casañas Llagostera, don Juan Miguel Jiménez Díaz, don Miguel Calvo Morillo y don Joaquín Galdón González.

Releyendo viejas crónicas, tuvo noticia tan devota y esforzada Confraternidad, de que el 25 de Noviembre del año de gracia de 1928, se había celebrado, en los salones del que en su día fuera Palacio del Muy Magnífico señor don Miguel Lucas de Iranzo, Condestable de Castilla, una *Cena Jocosa* para honrar al excelentísimo señor don Alfredo Cazabán Laguna (1870-1930), Cronista Oficial de la Provincia y director de aquella revista intitulada «DON LOPE DE SOSA», cena que dejó fama y lustre en los anales de esta gloriosa ciudad de Jaén.

Y luego de reunirse en capítulo, considerando que por celebrarse el 25 de Noviembre de 1978 el *Cincuenta Aniversario* de aquella memorable Cena, era obligado repetir la conmemoración, decidieron unánimemente celebrar una *Cena Jocosa*, en honra y alabanza de un grupo de honrados vecinos de esta nobilísima ciudad, de quien esta Confraternidad se considera deudora, por cuanto todos ellos aportan su saber y letras, al mayor acrecentamiento de nuestros tesoros espirituales.

Y a tal fin, mandaron cumplidas esquelas de invitación a tan doctos y graves varones, cuyos méritos y servicios luego se dirán.

Fueron invitados don Rafael Ortega Sagrista, Académico correspondiente de la Real de la Historia, Consejero del Instituto de Estudios Giennenses, investigador y autor de infinidad de libros y publicaciones, en los que ha dado cumplida y galana prueba de su amor a Jaén.

Don Manuel López Pérez, Consejero-Secretario General del Instituto de Estudios Giennenses y Consejero Local del Patrimonio Histórico-Artístico, autor de muy quijosos papeles en defensa del viejo Jaén.

Don Francisco Cerezo Moreno, pintor peritísimo en todas las reglas de su arte, excelente restaurador y hombre bueno y sencillo, que siempre lleva la gracia y el donaire del *Santo Reino* en su paleta y pinceles.

Don Fermín Palma Rodríguez, doctísimo médico y cirujano, que además de hurgar en las entrañas de los humanos, ha hurgado en los archivos, para dar a la estampa libros sobre la vieja Medicina giennense.

Don Vicente Oya Rodríguez, Cronista Oficial de la Ciudad y periodista, sujeto bondadoso e inquieto, sabedor de la vida y milagros del Jaén cotidiano.

Don Fernando Lorite García, periodista batallador y regidor de una famosísima congregación intitulada «*Asociación de Coros y Danzas Lola Torres*», celosa guardadora de nuestro folklore.

Don Luis Berges Roldán, arquitecto, celoso defensor del viejo Jaén y autor de un precioso libro de dibujos sobre la ciudad, libro que es joya bibliográfica de muy subido valor.

Don José María Pardo Crespo, arquitecto de la Comisión Provincial del Patrimonio Histórico-Artístico y autor de otro excepcional libro, en cuyas páginas se ofrece una sin par colección de fotografías, de añejo sabor.

Don Pablo Castillo García-Negrete, arquitecto, Consejero del Instituto de Estudios Giennenses y promotor y mecenas de la música culta, cuya máxima realización ha sido el «*Premio Jaén de Piano*», ya de fama internacional.

Una vez que fueron estudiados, en capítulo celebrado al efecto, los expedientes de tan notables sujetos y aquilatados debidamente los méritos exigidos, a saber: honradez y rectitud de intención, constancia en sus trabajos y empresas y acendrado amor a esta bendita tierra, se acordó convocarles a la *Cena Jocosa*, en la que se les haría merced y agasajo.

Soneto a la Cena

Bajo la noble arcada del castillo,
donde Iben se asoma al infinito,
servida está «La Cena», viejo rito
del amor a lo eterno y lo sencillo.

Un romance de cal, piedra y ladrillo,
la noche va escribiendo en el bendito
silencio de la altura. Como un grito,
La Cruz, se hace Evangelio entre el tomillo.

Y se alza la amistad. ¡La más hermosa
conquista de los hombres en la tierra!
Junto a nosotros, Don Lope de Sosa,

la vieja tradición hoy desentierra,
y vuelve a florecer la misma rosa
que en sus pétalos la inmortal encierra.

Miguel Calvo Morillo



Cena Jocosa



Amigos de San Antón
Jaén

Se secrito *usar con Su Merced Don Lope de Sosa, en Jaén donde reside, a la Cena Jocos,*

Que ha de celebrarse en la noche del día
veintinueve de Noviembre del año mil novecien-
tos setenta y ocho, *heredad de Santa Catalina,*
Estrada de Jaén, en el Pasador Nacional de
Turisno, de dicha ciudad, organizada por los
Amigos de San Antón, para conmemorar el Cin-
coenta Aniversario de la Cena que tuvo lugar
en el año 1928, como homenaje al Cronista
Cazubes.

OTRA CENA JOCOSA

MINUTA

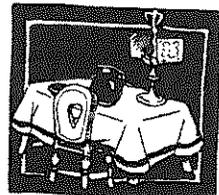
Salsitas - Morrilla con piñones - Ensaladilla - Aceituna
- Morquilla - Queso

VINOS: Haloque y trasanejo de la de Alcoer

ENTE MESA: Jamón Serrano, de Alcalá la Real - Masa de
chorizo, de Iznatacal - Choto, de Yaldepeñas de Jaén, al
ajillo pastor - Tacos de lomo adobado, del Puente de la Cerrada.

POSTRES: Frutas del Guadalquivir - Almendrados de miel,
elaborados con fórmula de procedencia árabe, por el maestro
confitero Manuel Campillo Lopez - Yemas de Santa Ursula.

VINOS Y LICORES: Tinto, de Torreperregil - Blanco, de
Lopera - Aguardiente - Casallo de Jaén.



Fotocopia de la Minuta de la Cena Jocosa de 1978

DEL REFECTORIO DONDE SE CELEBRO LA CENA Y OTROS DETALLES QUE SABER CONVIENE

Luego de estudiar los diversos palacios, mesones y honradas casas de esta muy noble ciudad, en las que podría hallarse solaz y acomodo para celebrar la *Cena Jocosa*, en paz y gracia de Dios Nuestro Señor, acordó esta honrada Congregación de «*Los Amigos de San Antón*», que la misma se celebrase en uno de los cumplidos salones de los *Reales Alcázares y Fortalezas de la Ciudad de Jaén*, en el recinto que agora llaman «*Parador Nacional de Santa Catalina*».

Y a tal efecto, dieron sus órdenes al señor maestresala del dicho Parador, don Manuel Gálvez, quien ayudado por buena copia de criados y ministriles y con el debido asesoramiento de los miembros de esta noble Confraternidad, dispuso el salón para la *Cena Jocosa*, de muy gentil manera, a la usanza de mi señor Don Lope.

Pusiéronse grandes y largas mesas, cubiertas de riquísimo mantel. Ricos candelabros de plata, daban luz a la estancia; vajilla de lo mejor; jarras de barro y graciosos picheles de lo mismo, se dispusieron para que los invitados pudieran libar a placer del vinillo haloque. Los manjares y condumios, se prepararon con la debida antelación, buscándolos los congregantes por los pueblos y villas del Santo Reino, en previsión de que los proveedores les estafaran, sirviéndoles vituallas alteradas con las mixturas y contaminaciones que en el día se usan. Se eligieron los mismos manjares que en su día se ofrecieron al Cronista Cazabán, o séase: Salpicón, morcilla con piñones, ensaladilla, aceituna moradilla, queso. Tomáronse para entremeses, taquitos de jamón de Alcalá la Real; masa de chorizo de Iznatoraf, choto de Valdepeñas de Jaén, y taquitos de lomo adobado del Puente de la Cerrada, todo acompañado de rico pan, salido de la honrada tahona, de Manuel Sánchez Ansino, del Molino «El Vereón».

Para los postres, dispusiéronse frutas del río Guadalbullón; almendrados de miel, a la manera morisca, realizados por el buen confitero Manuel Campillo López y exquisitas yemas de Santa Úrsula, delicadamente elaboradas por las Madres Agustinas, en su convento recoleto cercano al «Caño del Agua».

Para ayudar al trasiego de tan abundosos manjares, se hizo acopio suficiente de vinillo Haloque y Trasaniego de Alcocer; tinto de Torreperogil; blanco de Lopera y un aguardiente que donosamente llaman «*del Castillo de Jaén*».

Y para que sus mercedes, mejor supieran y recordaran esta Cena y sus ingredientes, en una imprenta cercana a los pagos de Vaciacostales, llamada «*Gráficas Nova*», hicieronse ricas minutas-invitaciones; pliegos muy cumplidos y galanos, que se abrían con un bonito dibujo del cofrade don Julio Puga y se cerraban con muy florido soneto, salido de la pluma del cofrade don Miguel Calvo Morillo, hombre habilidoso en el trato con las Musas.

Los asientos señaláronse con lindos tarjetones y con estudiada picardía, dispusieronse los escaños, de forma que la tertulia fuese tan sabrosa como la *Cena*.

Todos los miembros de esta insigne Confraternidad vistieron sus más preciadas galas, sin olvidar poner en sus solapas, la honrosa y preciada venera del «*marranete*» de nuestro Señor San Antonio Abad.

Para presidir la *Cena*, luego de muy inquisitoriales visitas, trajéronse al Castillo dos venerables lienzos, obras ambas de diestros artífices.

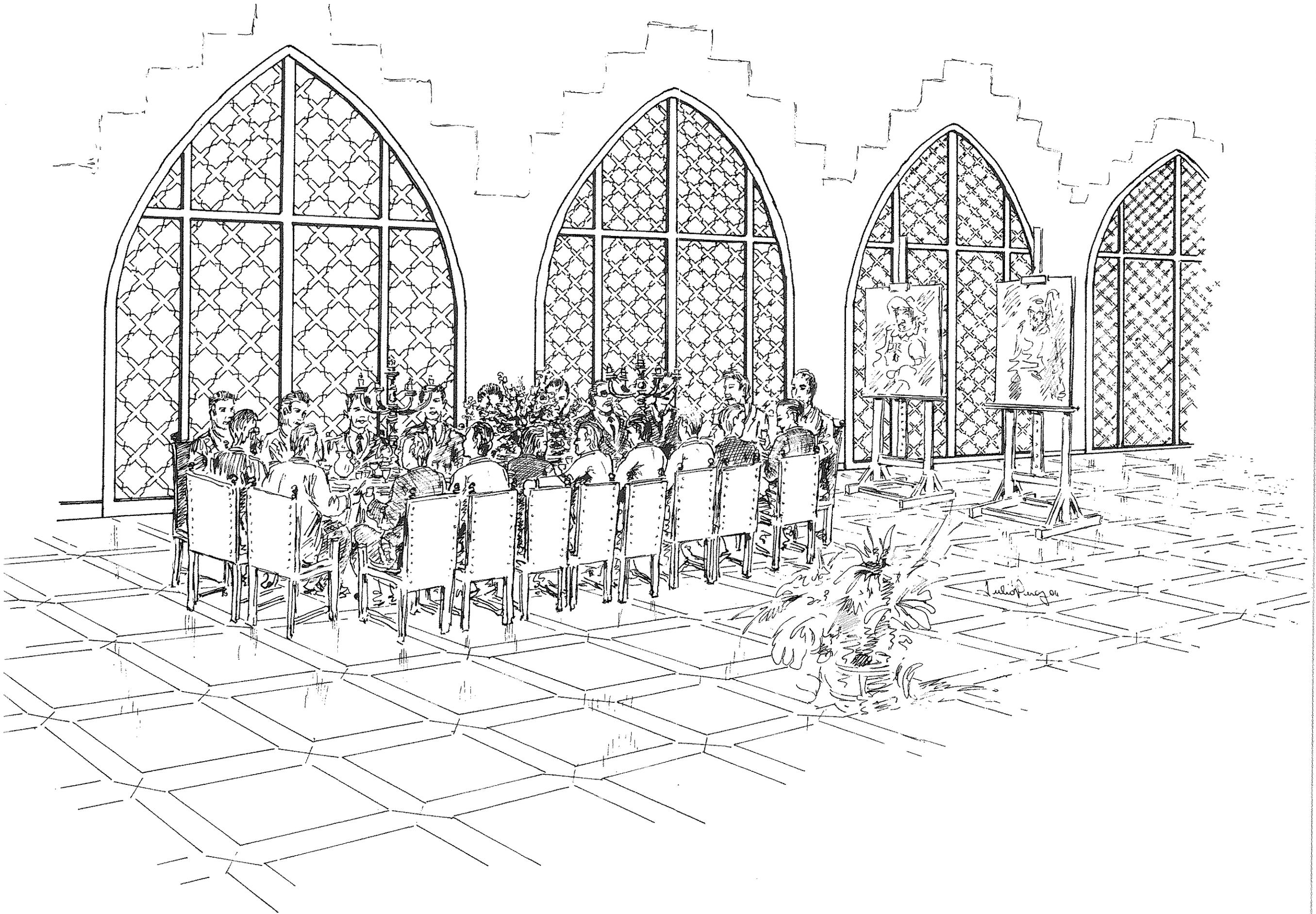
A un lado, se alzaba un gran retrato al óleo de mi señor don Lope de Sosa, salido del pincel de maese José Nogué Massó (1880-1973), hábil y diestro pintor, que en Jaén vivió y ganóse muy honradamente la vida, como profesor de la Escuela de Artes y Oficios.

Este retrato, era el mismísimo que el 25 de Noviembre de 1928, había presidido la *Cena Jocos*a ofrecida al cronista Cazabán y para cuya ocasión se pintó. Ahora, por mudanzas de la fortuna, está en un mesón o parador de la ciudad de Bailén, que por extraño gusto, llaman los hombres de hoy en día, «*motel*».

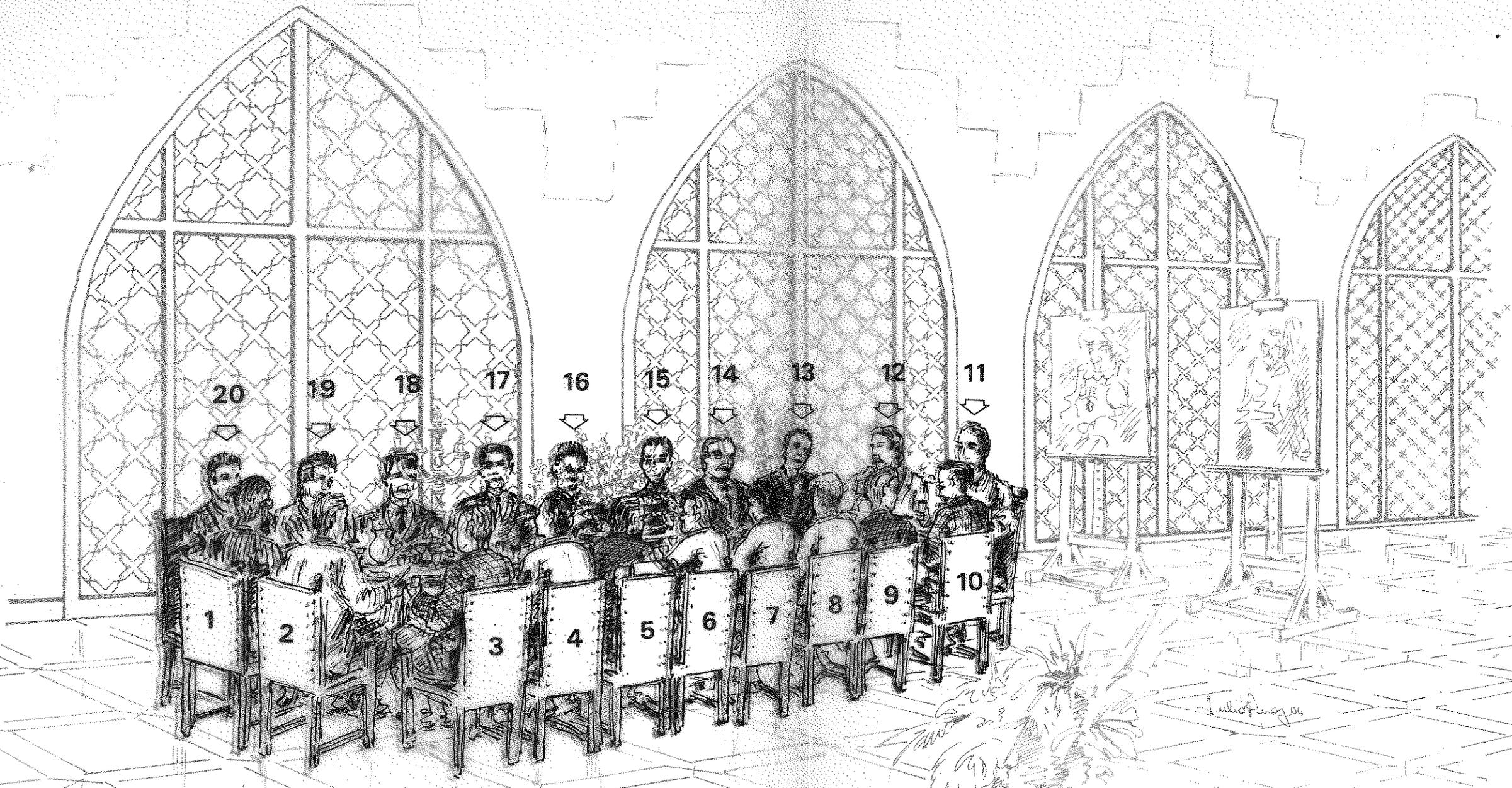
A la mano diestra, presidía la cena un lienzo, con la imagen bendita de San Antonio Abad, a cuya protección se encomienda esta Confraternidad. Lienzo diestramente ejecutado, salido de anónima mano.

Don Manuel, el maestresala, aprestó sus ministriles y unas lindas y graciosas mozuelas para que sirviesen la cena a sus mercedes.

Y todo dispuesto, con el ánimo contento y alegre, esperóse en el zaguán del Parador, platicando sobre graves y curiosas cuestiones, a que llegase la hora.



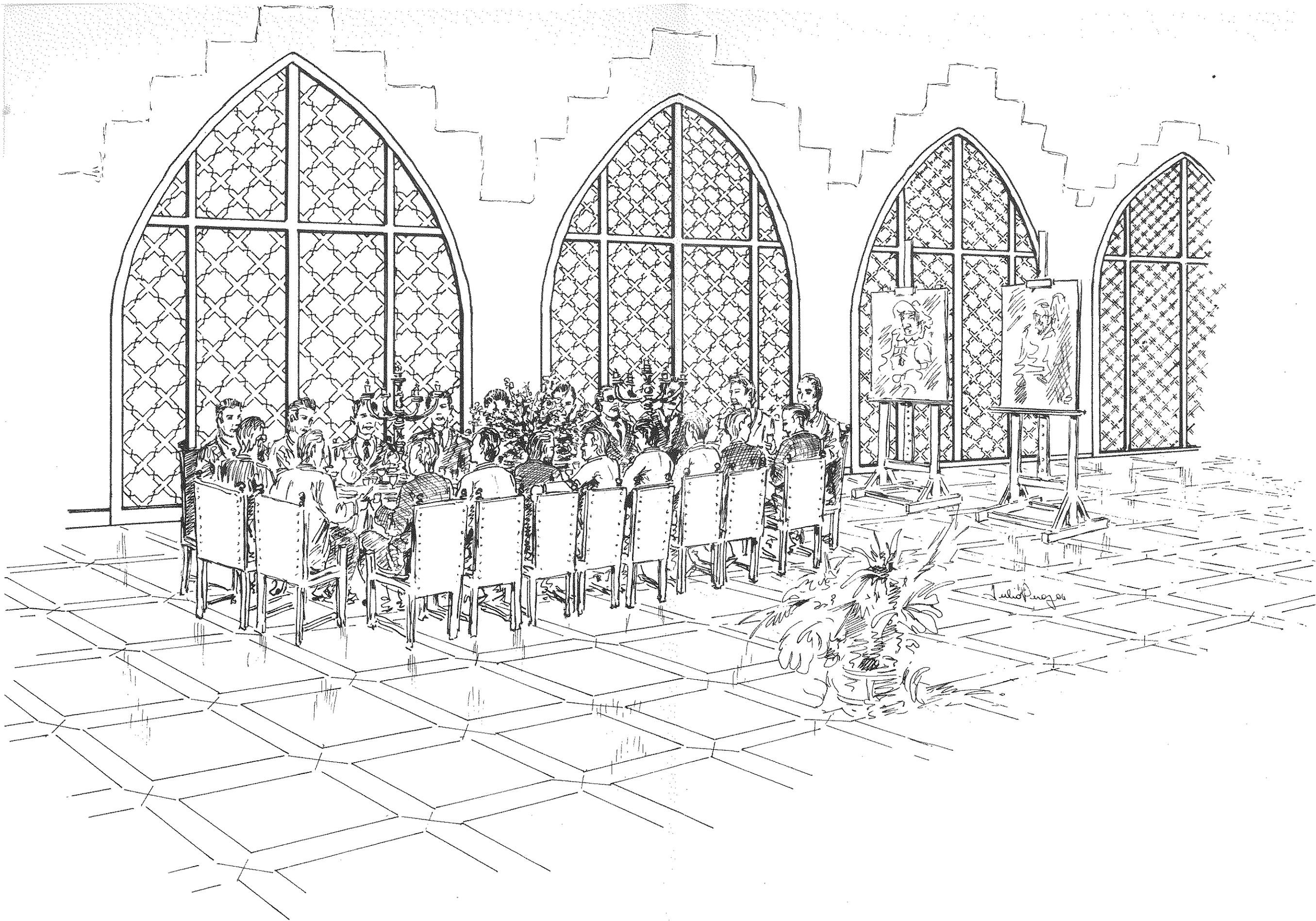
Julio Perez 04

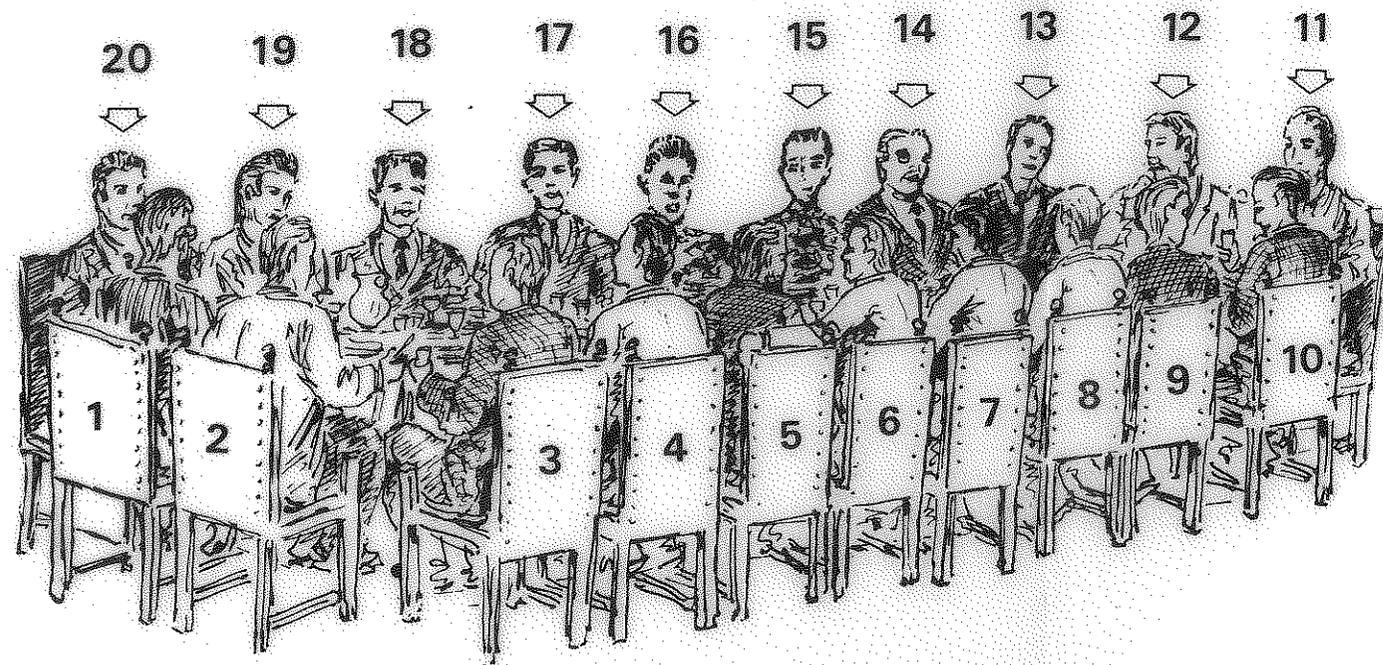


- 1.—D. Pedro Casañas Llagostera
- 2.—D. Manuel Elías Carrasco
- 3.—D. Julio Puga Romero
- 4.—D. Vicente Oya Rodríguez
- 5.—D. Alfonso Parras Vilchez
- 6.—D. Fermin Palma Rodríguez
- 7.—D. Miguel Calvo Morillo
- 8.—D. Rafael Ortega Sagrista
- 9.—D. Luis Armenteros Basterrechea
- 10.—D. Manuel López Pérez

- 11.—D. Juan Castellano de Dios
- 12.—D. Francisco Cerezo Moreno
- 13.—D. Antonio Casañas Llagostera
- 14.—D. Pablo Castillo García-Negrete
- 15.—D. Joaquín Galdón González
- 16.—D. Luis Berges Roldán
- 17.—D. José Casañas Llagostera
- 18.—D. Fernando Lorite García
- 19.—D. Juan Miguel Jiménez Díaz
- 20.—D. José María Pardo Crespo

Julio Puga





- 1.—D. Pedro Casañas Llagostera
- 2.—D. Manuel Elías Carrasco
- 3.—D. Julio Puga Romero
- 4.—D. Vicente Oya Rodríguez
- 5.—D. Alfonso Parras Vilchez
- 6.—D. Fermín Palma Rodríguez
- 7.—D. Miguel Calvo Morillo
- 8.—D. Rafael Ortega Sagrista
- 9.—D. Luis Armenteros Basterrechea
- 10.—D. Manuel López Pérez

- 11.—D. Juan Castellano de Dios
- 12.—D. Francisco Cerezo Moreno
- 13.—D. Antonio Casañas Llagostera
- 14.—D. Pablo Castillo García-Negrete
- 15.—D. Joaquín Galdón González
- 16.—D. Luis Berges Roldán
- 17.—D. José Casañas Llagostera
- 18.—D. Fernando Lorite García
- 19.—D. Juan Miguel Jiménez Díaz
- 20.—D. José María Pardo Crespo

DE COMO TRANSCURRIO ESTA MEMORABLE CENA JOCOSA Y DE LO QUE EN ELLA SE HIZO Y SE DIJO

Llegados que fueron los invitados y recibidos con grades afectos y parabienes, pasóse al salón, actuando cada miembro de la insigne Confraternidad de los «Amigos de San Antón», como padrino de un invitado.

Una vez que sus señorías hubieron tomado asiento, don Pedro Casañas Llagostera, en su calidad de prioste de esta Congregación, reclamó silencio haciendo sonar una alegre campanilla, a cuyo sonido acalláronse los rumores. Y mientras las garridas mozas discurrían silenciosas por el salón, disponiendo las viandas de la cena, el tal don Pedro Casañas, con grave y templada voz, dirigió a sus mercedes estas palabras:

El día veinticinco de Noviembre del año mil novecientos veintiocho, festividad de Santa Catalina, Patrona de Jaén, se vivió en esta ciudad un acontecimiento nada común, al celebrarse en el salón mudéjar del Palacio del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo, una «Cena Jocos», cuya finalidad y objeto fue rendir un cálido y afectivo homenaje al ilustre Cronista don Alfredo Cazabán Laguna.

La original idea de festejar al Cronista con esta Cena, surgió de un grupo de amigos y colaboradores suyos, amantes verdaderos de Jaén y de todo aquello que entornara a su nombre, cultura y tradiciones. Decidieron, pues, rendir este simpático homenaje de privilegio, como reconocimiento sincero, a los méritos notabilísimos contraídos en la ingente labor cultural que venia realizando, primordialmente como director y alma de la revista «DON LOPE DE SOSA», hoy fuente inapreciable y fundamental, para cualquier investigación o consulta relativa a temas de Jaén y su provincia.

Se designó al efecto una Comisión organizadora, integrada por personas de muy grata memoria: Don Inocente Fe Jiménez, don Pedro de las Parras, don León Carlos Álvarez Lara y don Antonio Alcalá Venceslada, este último, a su vez, autor castizo de la inmejorable crónica que relató los hechos de aquella cena, en la revista «DON LOPE DE SOSA».

Resultaria prolijo enumerar a la totalidad de los asistentes, que en número de setenta y seis, sirvieron sentarse a la mesa con Su Merced Don Lope, pero si quiero al menos, sacar a colación a algunos de ellos, que por su acusada personalidad, hicieron mella en la vida e historia de Jaén, enalteciendo y dignificando a nuestra ciudad. Sean —aparte de los ya citados— don Luis Fernández Ramos, don Luis Berges Martínez, don José Nogué y Massó, don Ricardo Ortega Nieto, don Manuel Ruiz Córdoba, don Alfonso Monge Avellaneda, don Eduardo Arroyo Sevilla, don Cándido Milagro Garcia, don Virgilio Anguita Sánchez y don Joaquín Mollinedo Jiménez, entre otros.

Al cumplirse hoy, también el veinticinco de Noviembre, el cincuenta aniversario de aquella celebración tan memorable, «LOS AMIGOS DE SAN ANTÓN», de esta ciudad de Jaén, han querido que no pase este aniversario o bodas de oro inadvertido, celebrando —aunque modestamente— esta «Cena Jocos», que sirva como recuerdo entrañable y afectuoso de aquella otra cena y de las ilustres personas que la hicieron posible.

Se pensó en un principio en una cena íntima, nuestra, como solemos hacer nuestras cosas, pero al fin decidimos y así lo hacemos, que este acto sirviera, a su vez, como tributo de admiración y recordación, hacia aquellas personas que, independientemente de su profesión, vienen trabajando ilusionadamente y con un entusiasmo envidiable, en pro de nuestra cultura, de la investigación histórica, de nuestro tipismo, nuestro folklore o universalizando el nombre de Jaén.

Es este el motivo por el cual, con vuestra presencia honráis nuestra mesa, ya que estáis haciendo posible que con vuestro trabajo, salgan a la luz, vida y obra de personalidades giennenses olvidadas, para muchos totalmente desconocidas; que resucitéis pasadas costumbres; que se ponga al alcance de cualquiera nuestra historia y nuestro pasado; que se consiga la conservación de nuestro patrimonio artístico y monumental; que plasméis para la posteridad en vuestros lienzos, nuestros paisajes y retratos; que reverdezca el costumbrismo ancestral en el tipismo de sus trajes, o la gracia del jaenerísimo melenchón y ¡porqué no decirlo también!, que provoquéis nuestro orgullo, al ver cómo el nombre de Jaén campea con nombre propio, en el ámbito internacional de la música.

Así, pues, hoy, «Los Amigos de San Antón», al conmemorar la efemérides del cincuentenario de aquella Cena Jocosa, se sienten enormemente satisfechos de poderos homenajear de esta forma, como digo antes, sencilla pero sinceramente entrañable y afectuosa, en el pétreo marco de este Parador de Turismo del Castillo de Santa Catalina, castillo tan vinculado a Baltasar del Alcázar y presididos por el mismo retrato de «DON LOPE DE SOSA», que en el año mil novecientos veintiocho presidiera aquella otra cena.

Queremos deciros de corazón, gracias por la labor fecunda y admirable que hasta ahora habéis realizado y por la que no dudamos que seguiréis haciendo en pro del Jaén de nuestros amores; os expresamos nuestro aliento y nuestro mejor deseo de perseverancia.

Y nada más, amigos. Quiero finalizar estas palabras, con uno de los versos del Marcial sevillano, que entiendo vienen muy oportunos en estos momentos.

*«...La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
la taza y el vino a punto,
falta comenzar la fiesta...»*



Panorámica del Castillo de Santa Catalina (Alfonso Parras).

Todos los presentes aplaudieron con fervor tan brillante oratoria, prólogo razonable a cena tan famosa.

Acallados los aplausos, los comensales atendieron con gran devoción y reverencia a la bendición de la mesa, que hizo el padre don José Casañas Llagostera, capellán propio de la Congregación.

Y dio comienzo la cena, en medio del general contento y alabanza.

Entonados los cuerpos y consumidas las primeras viandas, nuevamente la campanilla rogó silencio. Y una vez que se hizo, levantóse el muy ilustre y magnífico señor don Rafael Ortega Sagrista, persona grave y docta, que ha consumido muchas vigiliass leyendo montañas de venerables infolios, por lo que nadie sabe más que él, de cuanto atañe a esta nobilísima y celeberrima ciudad.

Y con maneras cortesanas, dirigió a los señores presentes, este pulido parlamento:

Amigos de San Antón:

Comensales en esta noche de Santa Catalina:

Cincuenta años justos han pasado desde aquella sabrosa y famosa cena en el Jaén de los años veinte.

Sólo diez, contaba yo, pero recuerdo con clareza y nitidez a mi padre que asistió a la célebre jocosa. Y nos contaba después con elogios y satisfacción, los lances de tan escogida fiesta.

Traía, aún embadurnados, en una bolsa, los platos de cerámica iliturgitana en que había comido; la mancerina del chocolate y el jarrillo o pichel del vino haloque, ese vinillo de color rojo claro que los andaluces escriben con hache, porque pronuncian la aspiración inicial. Ese vinillo que un autor anónimo, en «ciertos villancicos muy graciosos, de unas comadres muy amigas del vino», refería así:

*«...Blanco de Guadalcanal
y haloque de Baeza,
me confortan la cabeza
con Yepes y Madrigal...»*

o como decía Francisco Delicado en «LA LOZANA ANDALUZA», antes de su destape en el cine actual: «... y tiene Martos buenos vinos toronteses y albillos y haloques...».

Pero volvamos a nuestro relato, que me estoy yendo con el vino por los cerros de Ubeda.

Decía, que mi padre volvió contento de la cena y con la vajilla traía los cubiertos de boj con pirograbados y la bellísima minuta orlada por el dibujante Esemé y editada con primor en la Corte. Y también el recibo numerado de la ración, ¡ciento cuarenta reales!, impreso a dos tintas en la imprenta Morales, de la calle Cerón, e ilustrado con la figura de un soldado del siglo XVI, gustando una copita de mosto, que alababa con estos versos de Don Lope:

*«...¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡Qué color,
todo con tanta fineza!...»*

Pues bien, todo este legado de la Cena Jocosca, se conservó en el comedor de mi hogar y en él continúa. Un comedor de aquellos años, quizás pasado de moda, para mi, insustituible, con la mesa que reunió en torno, muchos años, a toda la familia, hoy diezmada y dispersa; con cuadros afectivos de pájaros y perros, que pintó mi madre, a finales del ochocientos en el Colegio de las Carmelitas, de la plaza de la Merced.

Presente, pues, ha estado toda mi vida, a las horas del yantar, el testimonio de aquella Cena Jocosca del año 1928. ¡Cuántas veces he soñado que repetirse pudiera! ¡En cuántas ocasiones he deseado asistir a otra cena de Don Lope de Sosa!

Y cuando ya, por el tiempo transcurrido, había perdido mis esperanzas, he aquí que en estos momentos me hallo entre ustedes, realizando el antojo, como en un cuento de hadas.

Por eso, con emoción contenida, vengo esta noche invitado, por amigos que gustan saborear el Jaén de siempre, el Jaén añejo, a conmemorar en su grata compañía, el cincuentenario de aquel ágape que hizo memoria.

¡Loado, pues, sea Dios, que me ha permitido vivir una ilusión que parecía imposible! ¡Y gracias sean dadas a la alta mi Señora Santa Catalina, aunque hoy la tenga en entredicho la Iglesia postconciliar! ¡Qué es de hombres bien nacidos, expresar su gratitud por los dones que recibe.

* * *

Pero vengamos a la Cena.

El escenario ha cambiado. La generación también. Si aquella del veintiocho tuvo por marco los salones mudéjares del Condestable Iranzo, una feliz realización ha permitido celebrar la del setenta y ocho en el recinto de los Reales Alcázares. Tenemos así, esta noche por posada, estancias que se alzan a la sombra de la torre del Homenaje, muy cerca de la taberna del Castillo, o del cantillo—cantón o esquina—según otra versión más antigua de la célebre poeta y que encuentro más adecuada y propia al contenido del relato. La taberna de Alcocer, en todo caso, donde

*«...Diez y seis vale el cuartillo,
no tiene vino más bajo...»*

Que,

*«...grande consuelo es tener
la taberna por vecina...»*

Brindemos por tanto, reconfortados con esta amena concurrencia, por cena tan alabada y por los recuerdos de antaño, que en estas horas de maitines y nocturnos, nos juntan a rememorar aquella invención de Baltasar del Alcázar, que si una pléyade distinguida supo celebrar en 1928, otra no menos simpática ha querido repetir en el presente año constitucional. «Constitución o muerte», según se escribía al comienzo de las cartas durante el trienio liberal de 1820 a 1823, sin que la sangre llegase al río.

* * *

Si no os cansa este mi discurso, me gustaría dedicar, en cuatro pinceladas, recuerdo al Jaén de los años veintes y de aquellas personas que por entonces eran selección del espíritu giennense. A aquel Jaén de las postrimerías del reinado de Alfonso XIII, cuando un andaluz jerezano gobernaba España, aquel don Miguel Primo de Rivera, castizo y bien intencionado, que organizó las grandes exposiciones internacionales de Barcelona y Sevilla.

Por cierto, que en aquellos días de la Cena Jocosa, terminaba el arquitecto don Luis Berges Martínez su proyecto del preciosísimo pabellón para la Iberoamericana y que los que lo visitamos al año siguiente, jamás podremos olvidar.

Otro andaluz y comprovinciano, don José de Yangüas Messia, era el presidente de la Asamblea Nacional y don Fermín Palma García, natural de Guadix, alcalde de la ciudad, apagaba la sed de Jaén durante medio siglo, con la traida del agua de Los Villares. Había un obispo de Adanero, don Manuel Basulto, recientemente elevado a los altares, por un pintoresco «Papa» andaluz, en el Palmar de Troya.

Tenia Jaén 25.000 habitantes, cinco parroquias o distritos y una larga fila de seminaristas que saltan de paseo, entre los balidos de la chiquillería picaresca, resabios del anticlericalismo recalcintrante, que llamaba «borregos» a los chicos del Seminario.

Las campanas dominaban en la ciudad silenciosa. Tañían desde el alba a media noche. Misas, credos, bodas, entierros, el rosario cuando salía el lucero de la tarde y maitines en los conventos. Y repicaban en grande el día del Señor, o a rebato cuando había fuego.

Los húsares de la Princesa, o los de Pavía, vestidos a lo húngaro, acompañaban a la procesión de la Buena Muerte desde el año 1927 y ponían una nota gaya y marcial con sus románticos uniformes.

La gente veraneaba en los patios entoldados y en las salas bajas y en penumbra de las casas o se iba a las caserías, los que tenían aquel desahogo. Y unos trenes botijos, de los Ferrocarriles Andaluces, organizaban rebajas de ida y vuelta para la feria de Málaga.

Había serenos de chuzo, farol y pito. Guardias municipales con sable, que se les llamaba «serios». Tertulias en los casinos, en los cafés, en las boticas y en las confiterías y una alta burguesía y reducida aristocracia, que organizaban té, y bailes de Carnaval y de Feria, en el círculo de La Peña. Una modesta clase media, que se reunía en el Casino Primitivo y otra obrera y menestral que acudía al de Artesanos.

Contados los automóviles. Coches de caballos que bajaban a la estación y muchos carros y recuas de burros yeseros. Vida agrícola; escasa y apática burocracia oficial y un comercio estancado. La industria se limitaba a los molinos aceiteros. Se comenzaba a construir en el Camino de la Estación.

Pero sin darme cuenta, las cuatro pinceladas están dadas y no es prudente extenderse más.

¿Y la vida culta, intelectual y literaria...?

Se publicaban dos o tres periódicos. «El Pueblo Católico», que era diario, y otros como «La Regeneración», «Norte Andaluz» y «Patria», que saltan más espaciados.

Había un Instituto de Segunda Enseñanza, dirigido por don Manuel Rus, una de las pocas barbas de la ciudad. Dos Escuelas Normales del Magisterio y una de Artes y Oficios con profesores históricos y republicanos. Colegios para internos, los de Santo Tomás, San Agustín, Institución Teresiana y el de las Carmelitas de la Caridad, para niñas pudientes y algunas gratuitas, pero las cuales entraban y salían por una puerta diferente, de servicio. ¡Las cosas claras! Las escuelas nacionales eran escasas, frías y desaseadas. Muy pocas bibliotecas y gran mayoría de analfabetos.

No por eso faltaba una flor y nata de los intelectuales giennenses. Investigadores, académicos, eruditos provincianos, artistas y periodistas, afanosos e inquietos todos ellos, resaltados por las páginas de «DON LOPE DE SOSA», que contaba ya quince años de publicación sin un fallo. Y eso gracias al Cronista Cazabán, don Alfredo Cazabán Laguna, ante cuyo nombre hay que descubrirse; hombre cordial, bonachón, buen gastrónomo, de fina cultura, que tenía una virtud especial y desconocida en nuestra tierra: el encanto, la delicadeza y la ternura, cualidades propias de los escritores galos y que sin duda había heredado de sus antepasados franceses.

A hombre tan querido y admirado, se le quiso ofrendar el homenaje merecido y este fue la Cena Jocosas de 1928, inspirada en las célebres redondillas del sevillano Baltasar del Alcázar, bellísimos y populares versos que dieron norte a la crónica mensual «DON LOPE DE SOSA», que recogió con gracia y elegancia dieciocho años de vida provincial.

Creo, que esta cena sigue siendo, pues, en parte, homenaje a aquel cronista de la Provincia, que nos dejó una obra inmarcesible, siempre en vigor, y que todos acudimos a ella cuando queremos estudiar y saber de nuestra pequeña patria.

Su recuerdo esta noche se halla aquí presente, como el de aquellos que participaron en la succulenta cena, bien nuestros padres, bien familiares o personas que han dejado su rastro imperecedero en los anales de Jaén.

* * *

Hemos caminado medio siglo. La mayor parte de ustedes, nacieron después de 1928 o casi no lo recuerdan. Los que todavía lo vivimos en la época dorada de nuestra infancia, lo evocamos esta noche al conjuro de la presente mesa, servida y abastecida al estilo español de antaño, de nuestro Siglo de Oro.

*«...La mesa tenemos puesta,
y ya que, amigos, hemos cenado.
levántense los manteles...»*

Pero antes de alzarlos, justo es repetir las gracias, muy rendidas a nuestros generosos anfitriones, que tan bella y acertada idea han tenido al convocarnos en este Parador del Castillo.

Las once han dado y pronto habrá que hacer mutis y entregarnos al sueño de cada noche. Y quien sabe, si en ésta, esos nuestros sueños nos revelen por fin, el cuento apenas iniciado del criado de Don Lope,

*«...Pues sabrás, Inés, hermana,
que el portugués cayó enfermo...»*



Vista de la Torre de San Andrés desde la calle Alguacil (Francisco Cerezo).

Cuando don Rafael terminó tan evocador discurso, las palmas se batieron con furor. Y puestos todos en pie, brindaron para que este ilustre Cronista, siga escribiendo sobre Jaén, con tan notoria y linda prosa, haciendo objeto a su merced de muchos parabienes y norabuenas, que mi señor don Rafael, agradecía con su proverbial humildad y llaneza.

Volvieron a sonar los cubiertos y las mozas escanciaron los picheles, mientras la conversación se generalizaba y todo eran alabanzas y satisfacciones:

—«¡La ensaladilla es del cielo!...».

—«¡Y el salpicón, con su ajuelo, ¿no miras que tufo da...?».

Fue entonces, cuando sonó una vez más el campanilleo y una voz tonante dijo:

—Tiene la palabra don Miguel Calvo Morillo.

Y alzóse este cofrade. Es el tal don Miguel, un poeta de los grandes; recita como nadie lo hace en las tertulias de Jaén y vive tan de verdad lo que declama, que su voz hace vibrar las fibras del alma.

En la noche, mientras allá abajo, en la ciudad, sonaba la Campana del Concejo, que daba una hora perdida, el poeta recitó:

*Bajo la noble arcada del Castillo,
donde Jaén se asoma al infinito,
servida está «La Cena», viejo rito
del amor a lo eterno y lo sencillo.*

*Un romance de cal, piedra y ladrillo,
la noche va escribiendo en el bendito
silencio de la altura. Como un grito,
La Cruz, se hace Evangelio entre el tomillo.*

*Y se alza la amistad. (La más hermosa
conquista de los hombres en la tierra).
Junto a nosotros, Don Lope de Sosa,
la vieja tradición hoy desentierra,
y vuelve a florecer la misma rosa
que en sus pétalos lo inmortal encierra.*

Acabada la recitación de tan gran soneto, como arreciaron los aplausos, Don Miguel hubo de recitar esta otra composición:

*En Jaén donde resido
vive don Pedro Casañas,
y os diré una bella hazaña
digna del mejor oído.*

*Cultiva este caballero
noblemente la amistad,
mas, las copas levantad,
que beber es lo primero.*

*Por las plazas del Jaén
tradicional y castizo,
el fuego, como un hechizo,
tras las fiestas del Belén.*

*Son recuerdos ancestrales,
evocaciones pasadas,
leyendas casi olvidadas
de costumbres inmortales.*

*Visperas de San Antón.
Bajo la luna de enero,
torno al gigante «braseo»,
el alegre melenchón.*

*Fallas de humilde ramón.
¡Lumbre de la Alcantarilla!
navio de recia quilla
hacia el mar de la ilusión.*

*Y envueltos en la fantasa
del fuego y de la canción
honran al Santo Patrón
entre copas y alegría.*

*Don Pedro tiene una idea,
y es menester alaballo,
y en menos que canta un gallo,
lo de los «amigos» crea.*

*Y amigos de San Antón
es el nombre que los une,
y cada amigo reúne
vario pinta condición.*

*Mas volvamos al pasado.
Cuatro fueron los puntales,
cuatro puntos cardinales,
de asunto tan bien logrado.*

*Pedro, Antonio, Manuel, Juan.
Cuatro amigos verdaderos,
cuatro auténticos pioneros
de este bello y noble afán.*

*Semilla de la amistad,
hoy en día multiplicada,
y cada año refrendada
en la fe y la lealtad.*

*Pero no filosofemos
y vayámonos al grano
que es invierno y no verano
y hay que yantar lo que vemos.*

*Pero la cena está puesta,
y será descortesía
no gustar de esta ambrosía
tan bellamente dispuesta.*

*Mas, antes de continuar,
quiero nombrar lo que cato,
pues, en pasándose un rato
¿quién es capaz de atinar?*

*Sobre manteles de lino,
el barro hecho filigrana,
obra de Titos, y da gana
de acabar con todo el vino.*

*De la Torre Pero Gil,
vino de rojo topacio,
hay que beberlo despacio,
no se acrecienta el candil.*

*De Alcalá, viene el rosado.
Un vinillo que no aguarda.
Tened la copa gallarda
que es un vino delicado.*

*Y ahora, llega el de Lopera,
vino de estirpe y tronío.
Vino de cepas ¡Dios mío!
que en grados nadie supera.*

*Desde Peal de Becerro
asolerado y con gloria,
un tinto con prehistoria,
y fortaleza de hierro.*

*Y en cacharros de Bailén
o en andujareños platos,
sin vanidad ni boatos,
la morcilla luce bien.*

*La morcilla ¡oh, gran señora!
¿Qué diría don Baltasar
si viniera aquí a probar
las morcillas que hay ahora?*

*Morcillas de Carchelejo,
que tienen tan buen comer,
que te comes sin querer,
con perdón, hasta el pellejo.*

*Negra morcilla cenceña,
bien cocida y aliñada;
rica morcilla adobada
con gracia torrecampeña.*

*Oh, la morcilla inmortal
de Garciez o Villanueva,
Morcilla de ilustre gleba
de Ubeda o Mancha Real...*

*Y el chorizo de Torafe,
que oreó la serranía,
chorizo que yo asaría
en las ascuas de un anafe.*

*Otro chorizo serrano,
el que viene de la Iruela,
chorizo de la alta escuela
del buen yantar provinciano.*

*Y a los postres me remito.
De matz, palomas son,
que del río Guadalbullón
son un manjar exquisito.*

*Y del Jardín del Obispo
la calabaza han servido.
«El Señor me lo ha traído»
perdonad, que no estoy chispó.*

*Que es apodo de hortelano
que labra la huerta aquella,*

*y en este arte destella
con feliz y sabia mano.*

*Moradilla, cornezuelo...
de Martos, las aceitunas,
que endulzan orzas panzunas
con agua de teja y cielo.*

*Bajo la luz del candil,
qué rico que sabe el pan,
crema y nieve que lo han
traído desde Cambil.*

*Y aquí acaba la memoria
de aquesta feliz reunión
de amigos de San Antón
con quince años de historia.*

No hay que decir, que tan brava composición, bien mereció las alabanzas de los presentes, que de nuevo hubieron de brindar, porque las Musas sigan dispensando trato de favor a poeta tan divino.

Avanzaba la cena y avanzaba la noche. Ni mi señor Don Lope de Sosa hubiera presentido momentos de tan grato solaz y alegría, como los que estaban disfrutando sus mercedes, degustando tan sabroso condumio.

Las mozuelas —¿no se llamarían por ventura Aixa, Fátima y Mariem?— hubieron de cambiar de nuevo los platos. Y ese fue el momento, en que levantóse don Fermín Palma Rodríguez, para dirigir unas palabras.

Es don Fermín Palma tan excelente cirujano, como fino humanista. Y maneja con igual destreza el bisturí, como los textos clásicos. Parece, como si su deambular por los pasillos y corredores del *Hospital de la Santa Misericordia*, le hubiese impregnado, con ese airecillo sutil que rodea a todo lo auténticamente giennense. Con voz pausada y segura, dijo:

Debo también, en esta noche memorable, tertimoniar mi gratitud a los «Amigos de San Antón» y al igual que mis ilustres comensales, hacer algunas consideraciones, ya que junto a la invitación de que hemos sido objeto y que no sé cómo corresponder, estimo se trata también de un compromiso, que supone, de un lado, seguir trabajando por Jaén y del otro, en aceptar la responsabilidad que lleva implícito el futuro, con el deseo de servir, en un gozoso intento, de experiencias y de elaboración de ideas, que eleven el prestigio de esta hermosa tierra del Santo Reino.

Pero antes de adentrarnos en lo que podríamos llamar la razón de esta reunión, debo testimoniar mi gratitud para todas y cada una de las personas que han contribuido a hacer posible esto. Gratitud, así mismo, a todos los que con vuestra investigación, trabajo e ilusión, habéis enaltecido el nombre de Jaén, contribuyendo al mejor conocimiento de su arte, de su historia, literatura y costumbres.

Desde aquí, pues, os rendimos homenaje, con toda admiración y respeto, y simultáneamente os alentamos a que sigáis trabajando con la constancia que habéis demostrado.

La verdadera cultura tiene un solo protagonista: el hombre, no solamente como ser pensante, sino como dualidad de soma y psiquis y como realidad biológica completa con toda la dignidad que ello encierra.

Es así como la sociedad de nuestro tiempo, tan atraída por los bienes de consumo, con su enorme descenso del nivel espiritual, pueda, a través del alma de cada hombre, comprender y volver a descubrir las razones trascendentales de la vida.

Los hombres de nuestra época, no podemos por la opresión de la técnica y de los bienes materiales, caer en la tentación de su gozo, perdiendo la capacidad de la comunicación interhumana y de nuestro enriquecimiento espiritual.

Habrá que volver a Dios y a la Naturaleza, cada vez que el hombre está en crisis y habrá que retornar al hombre puro, fuente de toda originalidad, de energía de pensamiento..., como imagen que es de Dios, pues nada como el trato con el alma, el ingenio y la simpatía de los hombres, o lo que es lo mismo, vuestra alma, vuestro ingenio y vuestra simpatía para enriquecer nuestro espíritu.

Esta es lo que yo entiendo, una de las razones por las que esta noche nos encontramos aquí. Pero creo que hay algo que debería añadir de forma breve:

Bajo este recinto majestuoso del Castillo de Santa Catalina, con sus sugerentes leyendas y medievales gallardías, desde donde se puede contemplar la catedral renacentista, que pertenece a la época en la que bastaba tener fe para el progreso, tiene lugar esta memorable reunión de «Los Amigos de San Antón».

Hemos de reconocer que, independientemente de las circunstancias económicas y materiales de cada región, hay algo que está por encima de ello y que en este momento, hay que saber valorar y todos vosotros lo habéis proclamado: la gran riqueza espiritual, cultural y humana que nos brinda cada rincón de esta tierra nuestra, de esta gran provincia, con su propia personalidad y sus valores tradicionales.

Jaén habrá que saber descubrirla paulatinamente, como habéis hecho vosotros, con su mezcla de sabor andaluz y castellano, con su belleza oculta, al igual que el oro viejo de sus piedras adustas. Porque esta provincia es tierra de ciudades y pueblos ocultos, que esconden celosamente sus cosas, como guardadoras de su serena melancolía, o si queréis, hasta de su silenciosa timidez, como evocadora de la soledad de sus tierras.

Toda la Andalucía que conocemos, con sus callejuelas embrujadas por la blancura cegadora de sus paredes encaladas, está aquí también viva y bien representada, con todos sus infinitos matices que la hacen subyugadora.

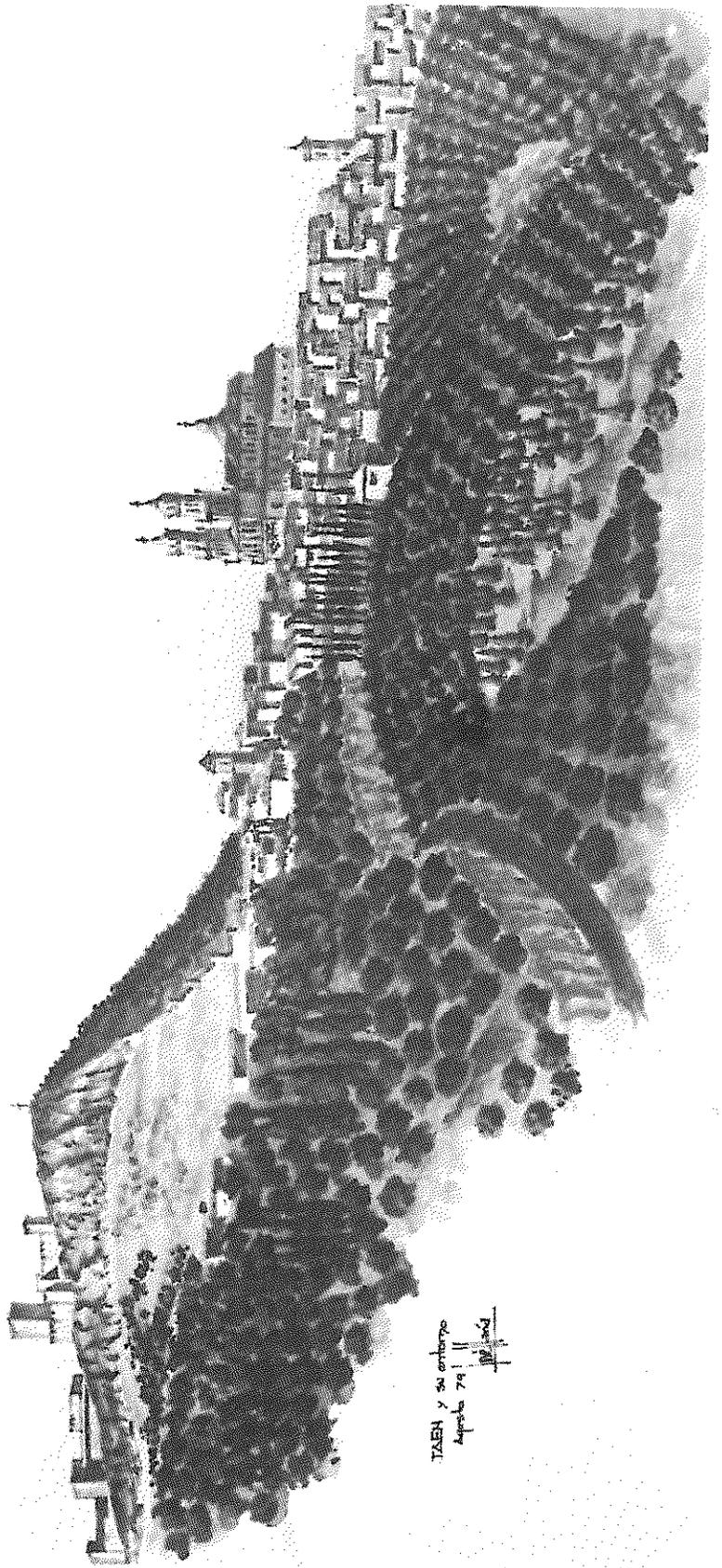
Bajo este marco, del que no he podido sustraerme, ni resistir a la tentación de describirlo, ante la emoción que surge del corazón, cuando a esta tierra y paisaje se le contempla, habéis querido que nos reunamos en esta noche memorable de Santa Catalina.

Las «sociedades», las «reuniones», los «Amigos de San Antón», en fin, toda asociación, deben ser órganos álvicos, ágiles responsables que ejerzan neta influencia sobre la cultura de los pueblos.

En nuestra Andalucía, la de las adelfas y el olivo, viñedos y campiñas, trabajaremos para elevar el nivel del quehacer que cada uno ejerza y con ello el de nuestra querida España.

Así haremos realidad el sueño de Angel Ganivet, cuando escribía:

«...Algún día vendrá el saber y entonces, todo se andará».



TIALEN y su entorno
Agosto 79
P. 20

Panorámica de Jaén, desde Las Revueltas (José María Pardo).

A tan sutil razonamiento, aplaudieron los reunidos con agrado, pues no en vano, las palabras del ilustre médico, eran receta segura para tratar de sanar a nuestro querido Jaén de sus seculares dolamas y achaques espirituales.

Luego, todos prosiguieron la cena con suma aplicación, pues así lo exigían platos tan apetitosos y tan finamente adobados. Que como muy bien dijo don Baltasar del Alcázar,

«...Esto, Inés, ello se alaba;
No es menester alaballo...»

Como al cambiar los platos, los cubiertos hubieron de hacer un alto para tomar respiro, aprovechó de la ocasión y a petición de sus señorías, levantóse don Vicente Oya Rodríguez, Cronista Oficial de la Ciudad, quien luego de aclararse la voz, con un toque de su pichel de trasanjejo, dirigió a los comensales estas graves palabras:

El amor—Mandamiento Nuevo—entró en el mundo por la puerta ancha, generosa, de una Cena. Por la Cena redentora del Señor.

Entró con el abrazo grande de Dios a los hombres. Abrazo signado con la Cruz. Entre olivos. Que no estaban lejos de aquella Cena los olivos. Entre olivos fue la Cena. Y fue la Cruz como la Cruz que preside sobre este cerro.

Pienso en esta cena. En esta que esta noche celebramos nosotros. Cena con hombres de Jaén. Con Jaén muy dentro. En el corazón. Cada uno de nosotros con nuestra biografía. Con nuestros trabajos y nuestros días. Con nuestras pasiones y con nuestras crucifixiones. Con nuestros dolores y con nuestras satisfacciones. Con nuestras penas y con nuestras alegrías. Todo aquí depositado. Como una ofrenda. Nosotros mismos. Para compartir la mesa y el mantel, el pan y la sal, la cordialidad y el afecto.

Comienza la cena. Para comenzar «salpicón». Sabe a sorpresa. Agridulce es la vida. Entre el ruido y entre las nueces. Morcilla con piñones. No todo el camino en la vida está sembrado de flores. La morcilla «gran señora». La ensaladilla con acento humilde como si no quisiera ser enseñada. Ni «chicha» ni «limoná». Aceitunas. Aceitunas con hueso y todo. Como entremés. Como presagio de aceite. Aceituna molida como se muele la vida en el molino del tiempo. Queso. Queso de cabra. De una cabra de carne hecha, endurecida, de corretear por los vericuetos de las Sierras de Segura por donde anduvo don Francisco de Quevedo o por la Sierra de Mágina, por donde el Marqués de Santillana derramó el encanto de sus serranillas, versitos de oro, rendida a la natural belleza de las mozas de Huelma o de Bedmar o de toda la Sierra.

Jamón serrano. Curado con los frios de Alcalá la Real donde el castillo de la Mota se empina para hacer de Sierra Nevada como un espejo permanente. Masa de chorizo del altivo Iznatoraf como un premio que se agradece tras la subida del camino retorcido. Choto de Valdepeñas. Al ajillo pastor. Especialidad de la casa donde la casa se hace comarca y todo sabe a romero. Tacos, tacos finos, marginales de Camilo José Cela. Tacos de lomo adobado del Puente de la Cerrada, abiertos al buen comer, al rito de la buena mesa.

Frutas del Guadalbullón. De las huertas donde la vieja casería lucha contra los molinos de viento de los «chalets» en la batalla empedernida, un tanto absurda, de la arquitectura popular y de la otra arquitectura que invade ambientes maltratados por tantos snobismos. Frutas maduras por los soles que hieren las entrañas de nuestra campiña. Frutas que hablan de tú, a los atardeceres, con los chopos del camino, junto a la acequia, donde parecen renacer versos de Antonio Machado o de Federico García Lorca. Almendrados de las lomas jaeneras de los árboles que por enero se hacen precursores de las

primaveras. Con miel traída en latas o en tarros y que antes llegaban en borriquillos sobre unas pobres aguaderas de esparto de Jódar. Almendrados jaeneros con acento árabe en el quehacer confiteril de Campillo. Y las yemas de Santa Ursula. Sencillas, amables, monacales, con silencios de convento, con aires también del Perú porque de aquellas latitudes trajeron la receta unas monjas.

Vino nuestro de la tierra de Jaén. Nacido del cuerpo de nuestra tierra sacrificada y dolorida. Vino que es sangre de dolores y de generosidades anchas. Torreperogil de tinto como el colorido para un terno de un torero a la hora de la verdad, en el coso remozado de la Alameda, cuando los toreros oyen el esquilón de las Bernardas y miran al cielo. Lopera de blanco, como una novia, en el vino que atrae y une. Dulce anís del Castillo. Ahí es «ná». La bravura impresionante de la roca y la dulce suavidad del olivo en el valle. Lo que define nuestro paisaje. Lo que da vida a nuestro paisanaje.

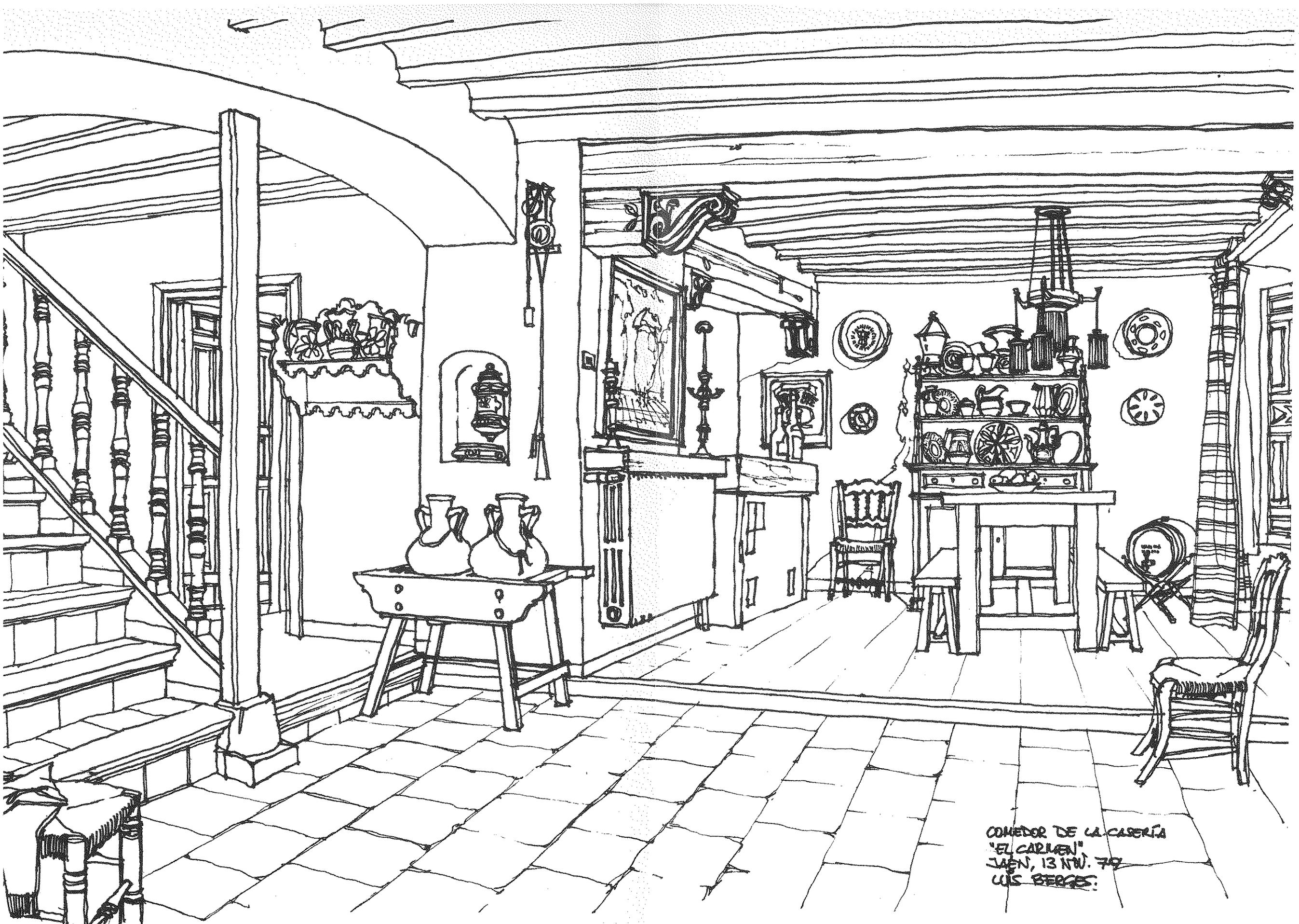
Para una cena, la nuestra. La de esta noche. Con el recuerdo de aquella cena de 1928. Con el recuerdo emocionado a Cazabán que nos hace pensar cada día en un Jaén retratado por su pluma prodigiosa. Estamos aquí. En un rincón. En el Parador. En este Parador que ha sido ganado por y para el turismo. Junto a la piedra que sabe de glorias. Todos a la mesa. En el consenso del mantel. La jarra, en jarras. Que las manos artesanas le han enseñado a esperar. El candil en algún lugar, con aceite de oliva que suaviza las grietas de la vida o que alumbra en la oscuridad. El velón, tal vez sacado del fondo de alguna mina. De nuestras viejas minas... Y el recuerdo. Las nostalgias. El pasado. Y, con nosotros, nuestras vidas. Nosotros con nuestras vidas a cuestas. Entre olivos, junto a la Cruz, con nuestra Pasión de cada día.

Esta es una cena jocosa. Una cena de amigos. Jocosa, sí. Dicen los sinónimos de jocosa que jocosa es graciosa, festiva, chistosa, discas, agraciada, entretenida, alegre, sandunguera, donosa, donairosa, jovial, aguada, socarrona, humorista, bromista, divertida, ocurrente, loquesca, chilindrinera, chirigotera... La cena es todo. La cena es la puerta abierta de la cordialidad. Un altar para el amor. El Mandamiento Nuevo en la renovación de los afectos. Cena jocosa. Pero ¡Qué hermosa! ¡Y qué seria es esta cena! Todo aquí tiene su pasión. Su cáliz. Desde el pan que salió de ese grano de trigo que hubo de pudrirse antes en la tierra. Desde el vino que hubo de machacarse bajo los pies del mundo. Desde el aceite que hubo de salir de la aceituna molida para suavizar la máquina de la vida. Hermosa cena de hermandad. Con el mínimo y dulce San Antón, nuestro amigo mayor. En el Parador que es parada y fonda. Un Belén de hoy. Ya próxima la Navidad, para que caigan sobre Jaén, ladera abajo de Santa Catalina, villancicos capaces de ganar el referéndum universal de la concordia y de la paz.

Mucho agradecieron todos tan sutiles palabras, merecedoras de posterior meditación.

A seguido, en un extremo de la mesa, justamente a la vera de la efigie de Don Lope de Sosa, alzóse la oronda figura de don Juan Castellanos de Dios, otro de los priostes de «Los Amigos de San Antón».

Tiene mi señor don Juan Castellanos, un corazón tan delicadamente labrado «a lo giennense», como las piedras doradas de nuestra Catedral. Nadie más enamorado de «su» Jaén, que él. Nadie más dolido de «nuestro» Jaén, que él. Hay en su personalidad mucha de la campechanía de Baltasar del Alcázar, mucha de la agudeza de Alfredo Cazabán, mucha de la incisiva ironía de Don Lope de Sosa.



COMEDOR DE LA CASERÍA
"EL CARMEN"
JAÉN, 13 NOV. 79
LUIS BERGES.

Comedor de la Casería «EL CARMEN» (Luis Berges).

Por eso, nadie mejor que don Juan Castellanos, para ofrecer la Cena con estas sentidas palabras:

Queridos amigos: La cena ya está llegando a su fin. Tenemos el regusto que nos han dejado los manjares que acabamos de degustar y que han sido similares a los que, hoy hace cincuenta años, se consumieron en aquella cena que tuvo lugar para homenajear a aquel giennense ilustre e inolvidable, que fue don Alfredo Cazabán y también, iguales a los que se ofrecieron en aquella célebre «Cena Jocosas», que nos narra Baltasar del Alcázar. Nos queda, repito, ese buen sabor de haber podido yantar tan exquisitos manjares, todos producidos y elaborados en estas tierras del Santo Reino de Jaén; pero espiritualmente, a los «Amigos de San Antón» nos queda, y además para siempre, el placer y el gran agrado de haber gozado de la compañía de tan ilustres y excelentes amigos, como sois todos los que habéis compartido esta mesa con nosotros.

En esta ocasión no hay frases hechas, ni palabras bonitas ni rebuscadas. No es el docto en literatura el que se dirige a vosotros. Dice estas palabras el hombre sencillo, que os habla con el corazón y con un gran sentimiento. Siento hacia todos vosotros una gran admiración y esta admiración es compartida por todos los «Amigos de San Antón».

Hemos querido en esta noche, inolvidable ya para todos, rendir un justísimo homenaje a todos aquellos hijos de Jaén, que de una manera totalmente desinteresada y altruista, han trabajado y vienen trabajando, por y para Jaén, en el campo de la arquitectura, de la literatura, de la pintura, de la música y del folklore de Jaén. Se necesitarían muchas cuartillas, para poder decir y comentar la labor que habéis desarrollado a través de estos últimos años, en favor de nuestra ciudad, con detrimento de vuestros deberes profesionales, sin beneficio económico y en muchos casos, poniendo dinero de vuestro particular peculio, para conseguir que vuestros trabajos vieran la luz sin ayuda de ninguna clase. Por este motivo, no podemos silenciar el trabajo realizado por Luis Berges, para editar ese libro de un valor inmenso para nuestra tierra, titulado «DIBUJANDO EN JAÉN». Igualmente ocurre con José María Pardo, para conseguir que ya sea una feliz realidad su libro «EVOLUCION E HISTORIA DE LA CIUDAD DE JAÉN». Nos habéis legado dos joyas de un valor incalculable y hoy su lectura nos emociona y nos hace sentir un gran orgullo, al comprobar los valores arquitectónicos, pictóricos y humanos de nuestra ciudad. Los dos sois jóvenes, tenéis grandes ilusiones y cabe esperar de vosotros grandes proyectos, que en un futuro beneficiarán todo lo concerniente con vuestra profesión, en relación con las obras nuevas y de reforma que se realicen en el casco antiguo de la ciudad, ya que debéis y debemos todos, defender su conservación y autenticidad a toda ultranza.

En el campo de las letras, tenemos a Rafael Ortega Sagrista, escritor ya veterano y a Manuel López Pérez, que para mí ya no es una promesa, sino una feliz realidad. Los dos sois dignos de la mayor alabanza, por vuestra meritoria labor en escudriñar y sacar a la luz todo lo bueno, bello y auténtico que tenía el Jaén de nuestros mayores. Vuestra forma de escribir, clara, sencilla, concisa y para que toda la gente os entienda, da lugar a que nos deleitemos cuando nos habláis en vuestros preciosos libros, de las costumbres e historia de la capital del Santo Reino. Sois dos valores auténticos, a los que los giennenses os tendremos que agradecer siempre vuestra entrega, ilusión y gran empeño que ponéis en vuestro abnegado trabajo de investigación, que estáis realizando de manera totalmente desinteresada. También hombre de letras es Vicente Oya, que nos entusiasma con sus crónicas sobre Jaén, escritas también con gran sencillez y el cariño característicos en tan buen amigo, y que, desde luego, son preciosas piezas históricas de gran valor para el presente y para el futuro.

Merece una mención especial Fermin Palma Rodríguez, el hombre que siempre está tratando de conseguir que el día tenga veinticinco horas para luchar contra el dolor físico de sus semejantes, debido al muchísimo trabajo que sobre él pesa, y sin embargo, siempre halla hueco para escribir sobre lo que ha sido

y es la medicina giennense. Sus libros están escritos con tal claridad, que el más profano en el campo de la medicina los entiende y comprende a la perfección.

Todos nos sentimos orgullosos en contar con la amistad de Fermín Palma, y de saber que tenemos en Jaén uno de los médicos de mayor prestigio de España.

Nos hubiera gustado que en esta mesa se hubiera sentado esta noche aquella mujer encantadora, amiga de muchos de los aquí presentes, profesora del que os dirige estas palabras, que fue doña Dolores Torres y Rodríguez de Gálvez. Tengo la seguridad de que, desde el cielo, Lola Torres se sentirá orgullosa de todos sus amigos y discípulos, que de una u otra forma trabajan por el Jaén de sus amores y, desde luego, de una manera especial por esa Asociación que lleva su nombre y que aquí tenemos tan dignamente representada por Fernando Lorite García.

Fernando, puedes tener la seguridad de que hoy día, todos los giennenses estamos llenos de gozo y sentimos un gran cariño por la «Asociación Lola Torres», que tú presides con tanto acierto y os alentamos en esa labor de divulgación que estáis haciendo de las costumbres populares y del folklore de Jaén, ya que con ello estáis resucitando y reavivando en nuestros corazones, el sentir del alma de esta tierra incomparable y además lo estáis haciendo con tanto acierto, que habéis logrado entusiasmar a la juventud, labor que tiene el mayor mérito. Puedes tener la seguridad de que los «Amigos de San Antón», tus amigos, te ayudarán en todo cuanto esté de nuestra parte.

Al igual que he dicho sobre doña Lola Torres, repito ahora con el maestro don Emilio Cebrián, hombre que si bien no nació en Jaén, se compenetró de tal forma con la ciudad, que nos dejó una serie de composiciones que al escucharlas hoy día, nos llenan de emoción y en muchas ocasiones dan lugar a que las lágrimas se asomen por nuestros ojos. Espiritualmente también está con nosotros, y tengo la seguridad del orgullo que sentirá al ver sentado en nuestra mesa a este hombre tan entusiasta de la música que es Pablo Castillo. Me faltan palabras para expresar, de manera elogiosa, la labor que se ha hecho en este campo y, sobre todo, el haber conseguido con su esfuerzo, trabajo y tenacidad, organizar año tras año, ese «Premio Jaén de Piano» que ha dado lugar a que nuestra ciudad sea conocida y mentada en los cinco continentes. Como giennenses, sentimos verdadero orgullo al saber que todos los años vienen a visitarnos los mejores pianistas del mundo y que esto ha dado lugar a que nuestro Jaén goce de un gran renombre internacional en el campo de la música.

Por último, hago mención a Paco Cerezo, que para mi representa al hombre genuino de nuestra tierra, porque es tan sencillo como ella, tan rico en tesoros espirituales como ella y tan laborioso como todas sus gentes. Francisco Cerezo Moreno es el pintor de Jaén, que nos ha dejado en sus lienzos para siempre y en sus dibujos, el Jaén que él conoció ya hace años, con sus encantos y bellezas naturales, sus sierras y su paisaje y en sus incomparables bodegones han quedado reflejados con tanta belleza, esos ricos frutos que nos da, año tras año, nuestro río Guadalbullón, que ya ha pasado a la posteridad, porque de la pintura de este extraordinario artista se hablará mucho y bueno, en las generaciones venideras.

En fin, queridos amigos, la cena, nuestra Cena Jocosa, ya está finalizada como digo y ya se puede decir que es historia. Como habéis visto, ha sido una cena como los hombres de Jaén, sencilla, sin ampulosidad, sin resonancia. Sin embargo, precisamente por ello, creo que quedará en el recuerdo perenne de todos nosotros.

Los «Amigos de San Antón» han querido pasar un rato agradable con sus amigos y además de que estamos seguros que os llevaréis este recuerdo, también queremos entregaros una placa de cerámica, que ha hecho ese gran artesano de Andújar, que es Pedro Palenciano, llena de belleza, con el fin de que la coloquéis en lugar destacado de vuestra casa y siempre que la veais, venga a vuestra memoria esta cena, que no ha tenido más fin que volver a vivir viejas estampas de un Jaén que ya perdimos y que debió ser maravilloso y también rendir un homenaje de admiración y cariño, a aquellos hijos de Jaén que, como vosotros, trabajan de una manera sencilla, callada y desinteresada, para enaltecer todo lo bello y bueno que tiene esta bendita tierra que nos vio nacer.

Emoción había en todos los semblantes, cuando finalizó de hablar Juan Castellanos. Y aún no se habían repuesto su señoría de su sonrojo y azoramiento, ante tal copia de loas y ensalzaduras, cuando salieron todos los hermanos del bendito San Antón y regresaron portando generosas dádivas y presentes, que con un apretado abrazo ofrendaron a sus homenajeados.

Y entregáronles una hermosa placa de cerámica, labrada en los alfares de Andújar, por un hábil artesano que llaman Pedro Palenciano, con muy sentida dedicatoria, por si sus mercedes deseaban exponerla como recuerdo en su sala estrado. Don Julio Puga Romero a don Vicente Oya Rodríguez; don Alfonso Parras Vílchez a don Fermín Palma Rodríguez; don Miguel Calvo Morillo a don Rafael Ortega Sagrista; don Luis Armenteros Basterrechea a don Manuel López Pérez; don Juan Castellano de Dios a don Francisco Cerezo Moreno; don Antonio Casañas Llagostera a don Pablo Castillo García-Negrete; don Joaquín Galdón González a don Luis Berges Roldán; don José Casañas Llagostera a don Fernando Lorite García; don Juan Miguel Jiménez Díaz a don José María Pardo Crespo, y don Manuel Elías Carrasco a don Manuel Gálvez, administrador del Parador de Turismo y Maestre Sala de la Cena.

Palabras faltaron a los invitados, para agradecer tal limpieza de corazón y tan desmedida generosidad para con sus personas, más valiosa y apreciada aún, viniendo de manos de Congregación tan famosa como estos «Amigos de San Antón», cuyas hazañas serán notorias entre las de nuestras gloriosas hermandades, cofradías y congregaciones.

Tomáronse los postres con general contento. Y mientras se degustaban las yemas de Santa Úrsula, húbose de levantar un hidalguelo llamado Manuel López Pérez, a quien por razón de ser el más joven de todos los homenajeados, tocóle la honra de actuar en la *Cena* como notario-secretario. Y en nombre de todos sus compañeros, dio las gracias a la Congregación con estas palabras:

La circunstancia de que sea yo el más joven de todos los aquí nos hemos reunido en esta noche, me confiere el singular privilegio de que mi torpe oratoria, sea la que cierre esos bellos parlamentos que, entre plato y plato, hemos escuchado.

Cincuenta años se cumplen en estos momentos de aquella noche del 25 de noviembre de 1928, en que un grupo de ilustres paisanos, capitaneados por don Antonio Alcalá Venceslada, don Inocente Fe Jiménez, don Pedro de las Parras Ruiz y don León Carlos Alvarez Lara, tuvieron la feliz ocurrencia de organizar, en honor de aquel maestro de cronistas que fue don Alfredo Cazabán Laguna, una moderna edición de la famosísima «Cena Jocosa», que inmortalizara el sevillano Baltasar del Alcázar, al versificar las vivencias que recogió cuando anduvo entre estas mismas piedras que ahora nos cobijan, en su condición de jefe de la reducida guarnición que en su tiempo cuidaba del Castillo de Santa Catalina.

Medio siglo ha pasado desde entonces sobre las piedras doradas de Jaén, y hoy, por obra y gracia de una comunidad de sensitivos que son los «Amigos de San Antón», vuelve a celebrarse esa archifamosa cena, presididos por el mismísimo retrato que el pintor José Nogué Massó hiciera de Don Lope de Sosa, en aquella memorable ocasión.

Para todos los que en Jaén nos dedicamos, con mejor o peor fortuna, a invertir parte de nuestro tiempo y nuestro trabajo, en una inversión tan rentable y tan atrayente, como el estudio y la difusión de lo

giennense, en sus múltiples y variadas facetas, resulta sumamente reconfortante y alentador el que ustedes hayan tenido el generoso detalle de invitarnos a este entrañable y evocador yantar, para tratar de hacernos partícipes de esa comunión de sentimientos, que tan sutilmente nos une a todos los que nos encontramos en torno a esta mesa.

Muchas veces he dicho —y jamás me cansaré de repetirlo— que en Jaén parece ser que carecemos, a nivel de colectividad, de un auténtico sentimiento de lo giennense.

En Jaén, por una serie de circunstancias que no son del caso analizar, y que vienen de muy lejos, casi, casi, del siglo en que viviera Don Lope de Sosa, parece que tenemos una morbosa frialdad hacia nuestras cosas. Si acaso hubiera que encuadrar al giennense medio en la típica clasificación temperamental del psicólogo holandés Heymans, no habría otra salida que encasillarlo en el grupo de los no emotivos, no activos, de función secundaria. Es decir, en el grupo de los apáticos. ¡Y así nos luce el pelo!

Y ciertamente, no quiere esto decir que a lo largo de los siglos no hemos tenido en nuestra ciudad grupos y grupúsculos, que rabiosamente han pugnado por gritar a los cuatro vientos, el qué y el por qué de este Jaén que nos cobija.

Desde aquel grupo ilusionado de los ilustrados que en el XVIII acaudillara el célebre deán don José Martínez de Mazas, pasando por aquellos beneméritos paisanos que en la época romántica lucharon por nuestra tierra, agrupados en el movimiento de «La Joven España», o en el círculo renovador al que diera vida Joaquín Ruiz Giménez, en 1878, hasta terminar en la época dorada del cronista Cazabán Laguna, varias han sido las ocasiones en que desde lo más íntimo de nuestras raíces, hemos tratado de sacudir nuestra molicie. Sin embargo, por unas u otras causas, no hemos sido capaces de mantenernos en una actividad más o menos rectilínea. Y los ilusionados esfuerzos de una generación, se han desvanecido con la siguiente.

Posiblemente, si las piedras pudiesen hablar, a buen seguro nos habrían de pedir cuentas, con aquellas estrofas que recoge la «Crónica del Condestable Iranzo»:

«...Lealtad, ¡oh lealtad!
lealtad, dime, ¿do estás...?...».

Porque tenemos que darnos cuenta de una vez por todas, que Jaén necesita de la lealtad acrisolada de todas sus generaciones. Que Jaén es una gran empresa colectiva en la que todos debemos ser accionistas, máxime si esas acciones las hemos heredado ya en nuestra cuna. Tenemos que darnos cuenta, de que Jaén es humilde, sencillo, sí, pero que es como una joya desvaída, a la que si sabemos bruñirla con el aliento del amor y el paño del entusiasmo, podemos arrancarle infinidad de reflejos nítidos y relumbrantes.

Por eso, esta cena no debe ser un acto social más. Porque entonces, podemos caer en la tentación de conformarnos con un Jaén casi de guardarropia teatral, vacío de sentido.

Esta cena, debe ser el punto de partida de un compromiso, que nos obligue aún más a todos los que aquí estamos, a luchar sin desfallecimiento por un Jaén más nuestro, más auténtico.

Tenemos que sentirnos nuevos Don Lope de Sosa, para desfacer esos entuertos urbanísticos que hoy destrozan nuestras calles y campillejos, para huir de esa vulgar ramplonería que amenaza con dar fin a nuestras más entrañables tradiciones; para arremeter contra tanto y tanto mercachifle, como los que hoy malvaratan lo mejor de nuestra esencia.

La empresa no es tan difícil ni arriesgada, como a primera vista parece.

El Jaén auténtico, el Jaén que a todos nos duele, el Jaén limpio de tópicos y adherencias, lo tenemos por fortuna muy cerca de nosotros. Lo tenemos en las páginas, deliciosamente miniadas por la pluma de



La Alcantarilla con la Catedral al fondo (Alfonso Parras).

Rafael Ortega Sagrista; lo tenemos en los delicados dibujos de Luis Berges; en la pintura sentida y vivida de Paco Cerezo; en la fina ironía de Juan Castellanos, cuando se enfrenta con un rincón destrozado...

Lo que nos hace falta es buscar la autenticidad de Jaén y que su esencia nos sirva como un revulsivo que nos permita reaccionar.

Miguel Hernández, uno de los muchos poetas que por Jaén pasaron, dejó escrito un mensaje imperioso que pocos han llegado a comprender:

*«...Jaén, levántate bravo,
sobre tus piedras lunares,
no vayas a ser esclavo,
con todos tus olivares...»*

Y eso es lo que tenemos la obligación de hacer cada uno, desde nuestra íntima condición de giennenses. Levantarnos bravos sobre las piedras que nos legaran nuestros abuelos. Levantarnos bravos para que no seamos esclavos de tanto materialismo contaminante, de tanto mercantilismo, de tanto desamor como el que hoy rezuma entre las piedras centenarias de este Jaén de nuestros amores.

Me vais a perdonar, que lo que empezó tratando de ser un parlamento gratulatorio, lo haya convertido en algo así como una arenga. Pero creo que en actos tan limpios como este, en los que sólo se trata de exaltar algo tan sagrado como la tierra que nos vio nacer, no cabe otro remedio que declararse un poco en rebeldía.

Gracias, pues, «Amigos de San Antón» por el honor que nos hacéis a todos los que fraternalmente nos habéis sentado a vuestra mesa. Que Nuestro Padre Jesús y la Virgen de la Capilla, os devuelvan crecida la generosidad que hacia nosotros habéis patentizado. Gracias, porque vuestro detalle nos obliga aún más a no desmayar en nuestros afanes y a continuar siendo seguidores de aquel refranescos «sastre del Campiello», el que ponía el hilo y encima «costa de balde».

Pero no quiero terminar, sin rogaros encarecidamente a todos que ahora mismo, ante la efigie de Don Lope de Sosa y bajo la mansa presencia del bendito San Antón, nos juramentemos para que esta «Cena Jocosa» vuelva a congregarnos el próximo año.

Y como testimonio de nuestra gratitud, bueno será que nos despedamos esta noche, con aquella frase sencilla, que por desgracia ya casi no se oye ni en nuestras veredas, ni en las lonjas de nuestras caserías:

«...Señores, Dios guarde...».

Al sentarse don Manuel, los candiles ya empalidecían. Debía estar muy alta la noche, porque ya hacía rato que las campanas de la ciudad habían tocado a Maitines.

Y el prioste de la Congregación, mandó quedamente que se levantaran los manteles, no fuera a ser que pasase la ronda y nos tomase por gente ruin y revoltosa.

Pusiéronse todos en pie y antes de retirar sus escaños, con bien atipladas voces, cantaron una musiquilla celestial, que a dúo compusieron don Federico de Mendizábal y don Emilio Cebrián y que todos llaman «Himno a Jaén».

Bajo las bóvedas con que hábiles alarifes ampliaron los *Reales Alcázares y Fortalezas de Jaén*, resonaba viril un cántico, que no lo entonaran mejor nuestros paisanos de los Tercios de Flandes o de Italia:

«...¡Alcemos bajo el sol,
como una antorcha el corazón...!
¡La tierra de Jaén,
abre sus brazos de mujer...!...».

Acabado tan dulce canto, despidiéronse sus mercedes con mucha copia de abrazos y salutations, prometiéndose el volver a reunirse, si Dios Nuestro Señor da vida y salud, el próximo año a la misma hora y fecha.

Y cada uno buscó su carruaje, para bajar a la ciudad en busca de su morada.

Fijeme entonces en un detalle curioso y es que sus señorías, más que hidalgos acrisolados, parecían vulgares mercachifles, pues todos iban cargados con muchos y ricos presentes, que los congregantes de San Antón les obsequiaron para perpetua y feliz recordación. Además de sus placas de cerámica, les obsequiaron con otras lindas baratijas, a saber, el bello pichel de cerámica, donde tan generosamente habían libado durante la cena; las orondas jarras de barro, de grata y gentil estampa, que habían servido para contener el vino de la cena y que fueron sorteadas entre los presentes y además dos muy bravas botellas de vinos generosos, una de vinillo haloque y otra de trasaniejo, que algunos pícaros cofrades habían embotellado en la tabernilla de Alcocer, a hurtadillas de miradas indiscretas, en botellas exclusivamente preparadas para esta memorable ocasión.

Al día siguiente, es fama que los papeles públicos o gazetas que se publican en esta muy noble ciudad, pregonaron muy cumplidamente las excelencias de esta famosa cena, que alcanzó tal fama y loa, que sola ella bastaría para acreditar las hazañas de esta muy insigne, piadosa y nobilísima confraternidad de «*Los Amigos de San Antón*», hombres bonísimos y probos, que por su gran amor a esta ciudad y sus tradiciones, bien merecían que el maestro Ximénez Patón, hubiese incluido sus semblanzas en las crónicas.

Y para que quede fama y memoria de esta *Cena Jocosa*, ya que dicho sea de paso, estos «*Amigos de San Antón*» son tan humildes y sencillos, que no tienen por norma usar de los libros de actas y memorias, que los señores Provisores y Justicias mandan llevar a las cofradías y hermandades, hice yo esta crónica, que firmo y rubrico, estando a la sombra de los *Reales Alcázares y Fortalezas* de la Muy Nobles, Famosa y Muy Leal Ciudad de Jaén, Guarda y Defendimiento de Castilla, a diecisiete días del mes de Enero del año de gracia de mil y novecientos setenta y nueve, festividad del bendito San Antonio Abad, a cuya intercesión todos nos acogemos.

LAUS DEO



19-10-51
Lavin

Castillo de Santa Catalina (Francisco Cerezo).

CENA JOCOSA

*En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
más brava de él que has oído.*

*Tenia este caballero
un criado portugués...,
pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.*

*La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino a punto;
falta comenzar la fiesta.*

*Comience el vinillo nuevo,
y échole la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.*

*Franco fue, Inés, este toque
pero arrójame la bota:
vale un florín cada gota
de aqueste vinillo aloque*

*¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo;
diez y seis vale el cuartillo;
no tiene vino más bajo.*

*Por nuestro Señor que es mina
la taberna de Alcocer;
grande consuelo es tener
la taberna por vecina;*

*si es o no invención moderna,
vive Dios, que no lo sé,
pero delicada fue
la invención de la taberna;*

*porque allí llego sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo, y voime contento.*

*Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo;
sólo una falta le hallo:
que con la priesa se acaba.*

*La ensalada y salpicón
hizo fin; ¿qué viene ahora?
la morcilla, ¡oh gran señora,
digna de veneración!*

*¡Qué oronda viene y qué bella!
¡qué través y enjundia tiene!
Páreceme, Inés, que viene
para que demos en ella.*

*Pues ¡sus!, encójase y entre,
que es algo estrecho el camino:
No echas agua, Inés, al vino
no se escandalice el vientre;*



*echa de lo trasañejo,
porque con más gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
como sabía, mi consejo.*

*Mas di, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.*

*¡Que llena está de piñones!
¡Morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos,
hechas a cebar lechones!*

*El corazón me revienta
de placer; no sé de ti
como te va; yo, por mí,
sospecho que estás contenta.*

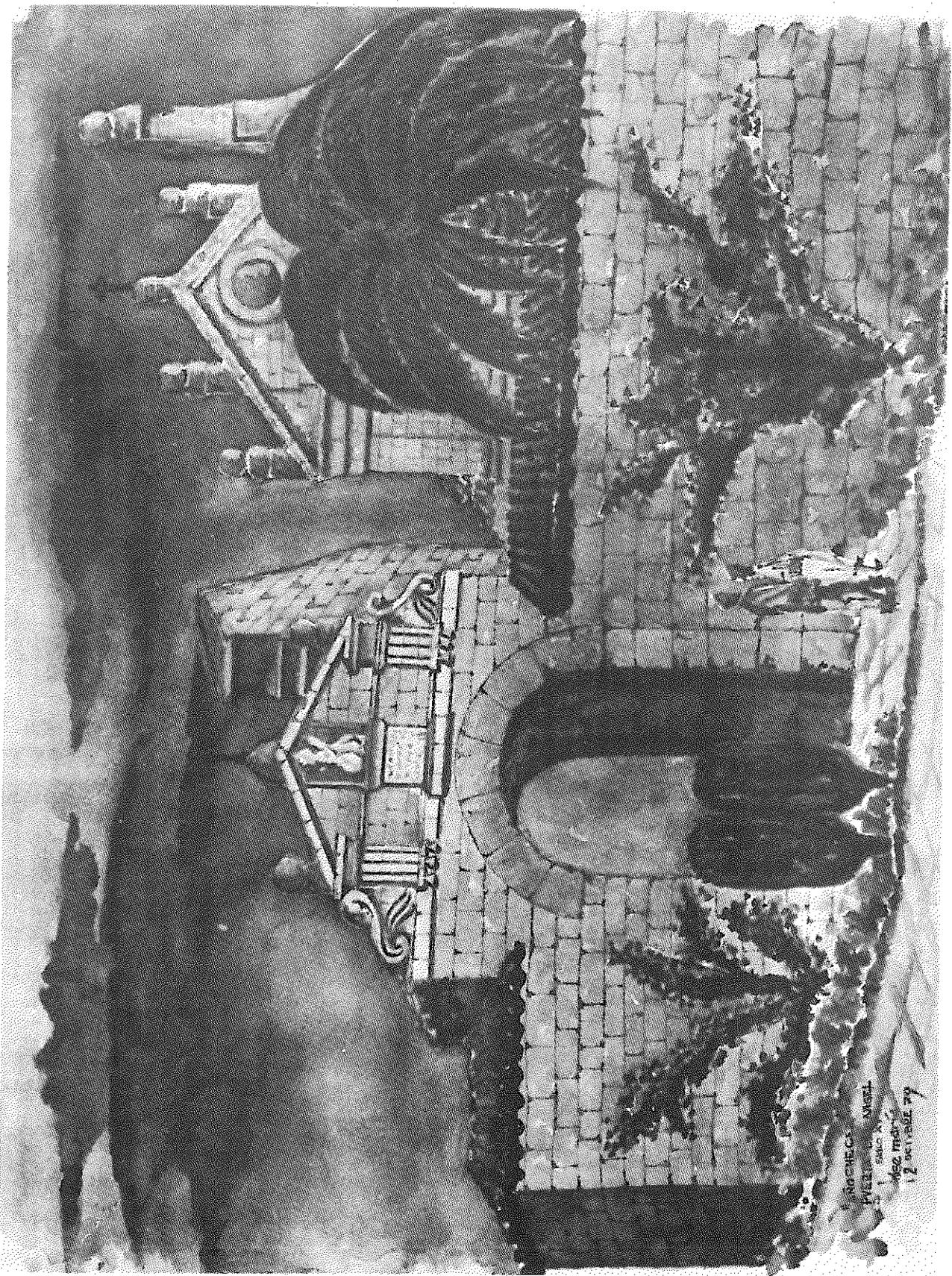
*¡Alegre estoy, vive Dios!
Mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?*

*Pero son preguntas viles;
ya sé lo que puede ser:
con este negro beber
se acrecientan los candiles.*

*Haz pues, Inés, lo que sueles:
daca de la hōta llena
seis tragos. Hecha es la cena
levántense los manteles.*

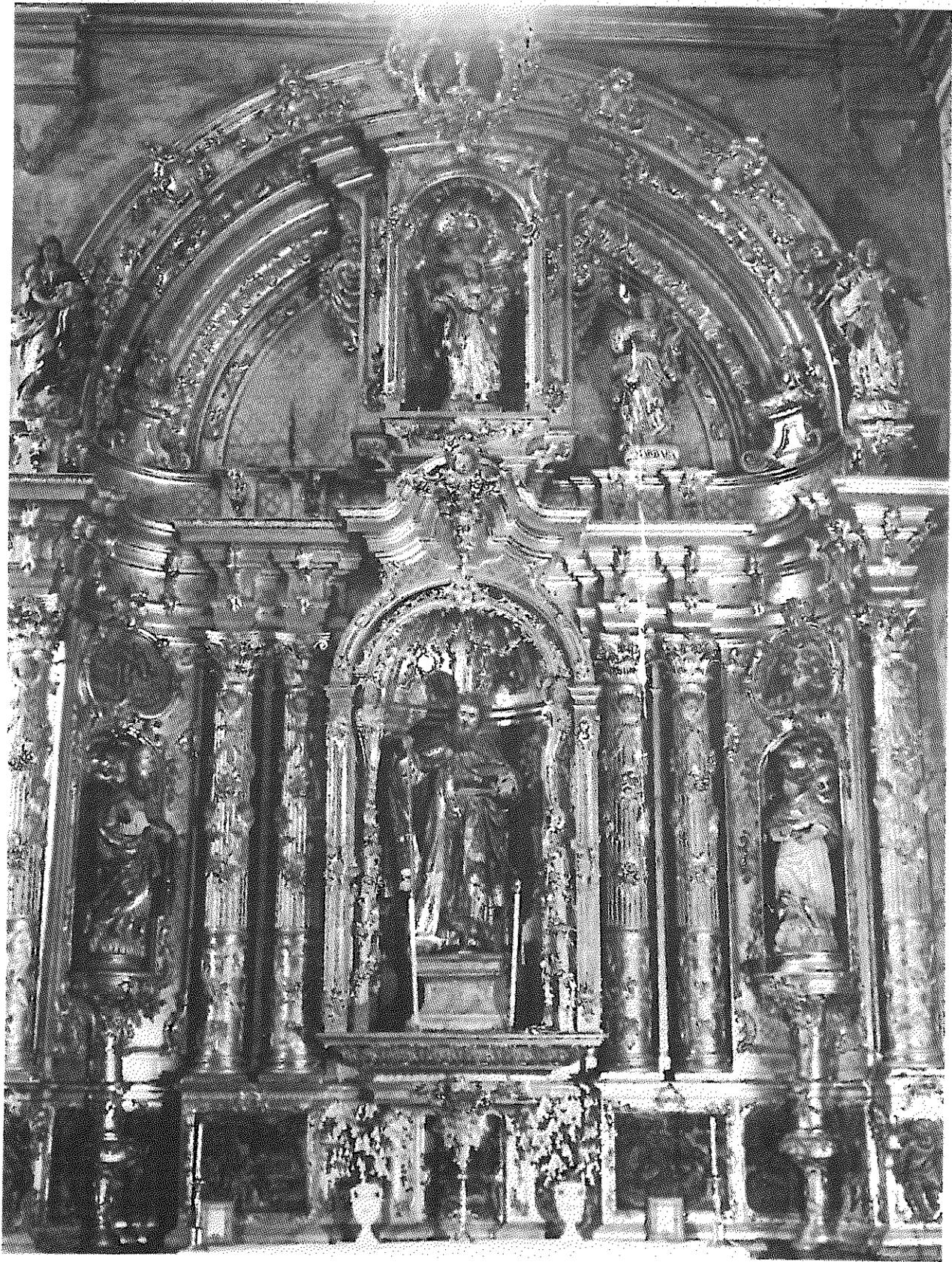
*Ya que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.*

*Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayo enfermo...
las once dan, yo me duermo;
quédese para mañana.*

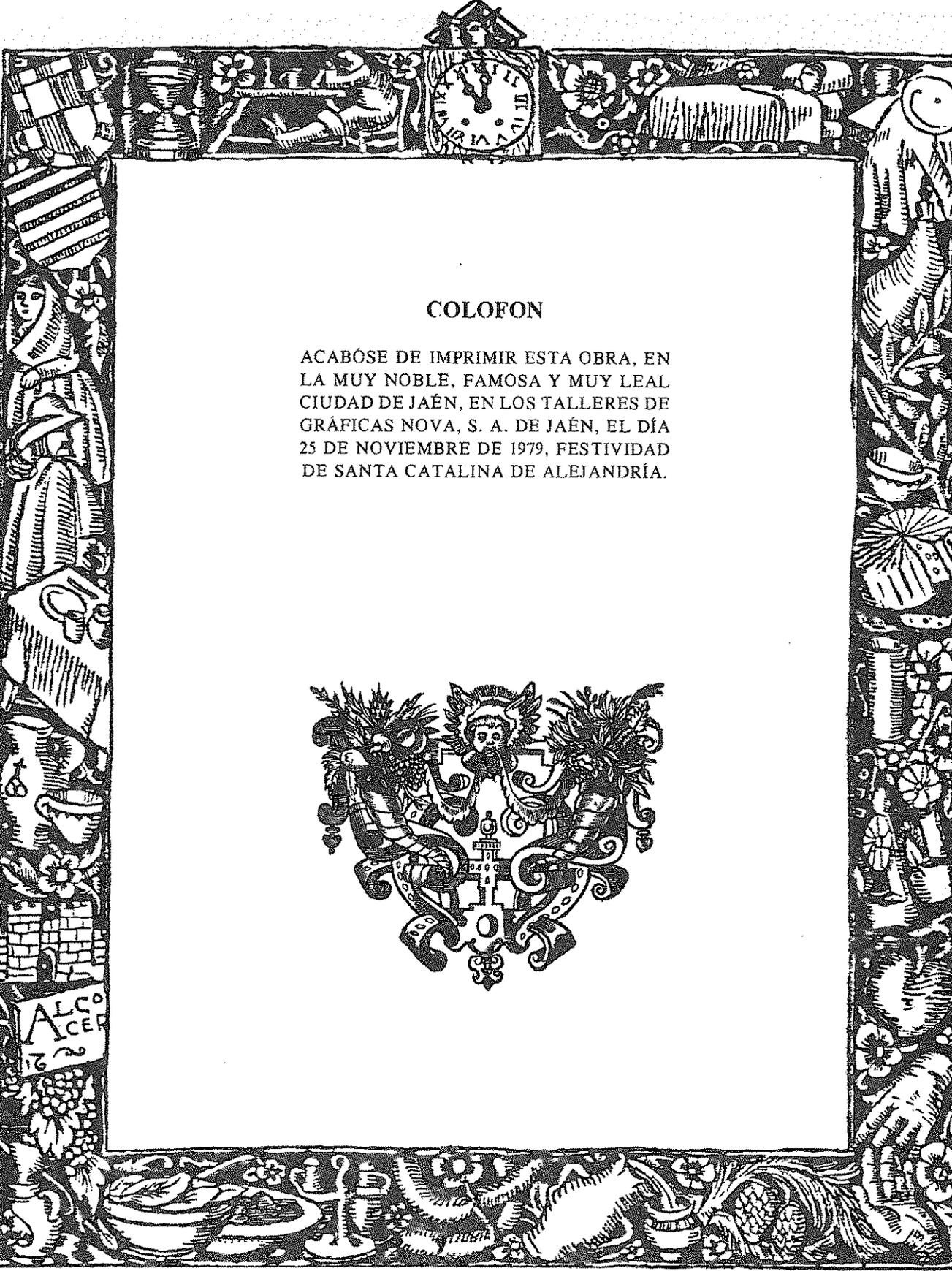


FRANCESCO
PIERRE DE ANGEL
1 SACO X
1200 m. s. l.
12 ottobre 79

Atardecer en la Puerta del Ángel (José María Pardo).



Retablo de San Antón en la Iglesia de San Idefonso de Jaén, obra atribuida a Francisco Calvo, según diseño de Pedro Duque Cornejo. 1760.



COLOFON

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN
LA MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY LEAL
CIUDAD DE JAÉN, EN LOS TALLERES DE
GRÁFICAS NOVA, S. A. DE JAÉN, EL DÍA
25 DE NOVIEMBRE DE 1979, FESTIVIDAD
DE SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA.

